

San Gregorio Magno

3 de septiembre

Fue un hombre de acción, dotado de una rica personalidad y de un carácter amable. Nació en el año 540 en el seno de la familia senatorial de los Anicii. Fue primero prefecto de Roma, después monje benedictino, representante del papa en Constantinopla y, por último, papa en unos tiempos particularmente difíciles, a saber: durante las persecuciones de los bárbaros. Desempeñó un gran papel en la Iglesia como organizador de la vida religiosa –en particular en el aspecto litúrgico– y también como escritor. Como buen administrador, estuvo atento tanto a los asuntos sociales y políticos como a las cuestiones internas de la vida de la Iglesia universal. Tienen una importancia particular sus homilías, sus obras exegéticas, las cartas y el famoso *Libro de la regla pastoral*. Es uno de los cuatro grandes doctores de la Iglesia occidental, por haber prestado una particular atención al hablar y escribir sobre el misterio de la Palabra de Dios. Murió en Roma en el año 604.

LECTIO

Primera lectura: Ezequiel 34,11-16

¹¹ Esto dice el Señor: Yo mismo buscaré a mis ovejas y las apacentaré. ¹² Como un pastor cuida de sus ovejas cuando están dispersas, así cuidaré yo a mis ovejas y las reuniré de

todos los lugares por donde se habían dispersado en día de oscuros nubarrones. ¹³ Las sacaré de en medio de los pueblos, las reuniré de entre las naciones y las llevaré a su tierra; las apacentaré en los montes de Israel, en los valles y en todos los poblados del país. ¹⁴ Las apacentaré en pastos escogidos y pastarán en los montes altos de Israel; allí descansarán en cómodo aprisco y pacerán pingües pastos por los montes de Israel. ¹⁵ Yo mismo apacentaré a mis ovejas y las llevaré a la majada, oráculo del Señor. ¹⁶ Buscaré a la oveja perdida y traeré a la descarriada; vendaré a la herida, robusteceré a la flaca, cuidaré a la gorda y robusta; las apacentaré como se debe.

➔ El texto que hemos leído, dirigido a los gobernantes del pueblo, emplea la imagen del pastor retomando el tema de Jr 23,1-6. Dios reprocha a los reyes y a todos cuantos ejercían alguna autoridad en Israel no haber cumplido con su deber, haber faltado a su función de guías del pueblo. Todo lo que han hecho al rebaño-Israel ha sido nefasto, deletéreo y mortal: han pensado más en sí mismos que en el pueblo, han ejercido la violencia con sus hermanos, han provocado la dispersión poniéndolos en manos de los pueblos vecinos.

Al echar en cara al rey sus culpas, Dios anuncia que le quitará al pueblo de las manos y que él mismo se encargará de su custodia, gobernando personalmente a su rebaño como rey y mesías (vv. 11-16; cf. Is 40,11; Sal 22). No se trata, por consiguiente, de sustituir a unos jefes indignos por otros en la guía del pueblo, no se trata de un cambio de orden, sino del anuncio de una verdadera teocracia. Esta profecía encontrará una primera realización cuando, con el retorno del exilio de Babilonia, el «*resto de Israel*» ya no tenga un rey, sino la anunciada teocracia.

Ezequiel inaugura también la «nueva» teocracia divina en la que Cristo, verdadero pastor del pueblo, «*pone a sus enemigos como escabel de sus pies*»: entonces es cuando Dios mismo alimenta a su pueblo, atiende a sus necesidades y se hace cargo de los deseos de todos.

Evangelio: Juan 10,11-16

En aquel tiempo, dijo Jesús: ¹¹ Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas; ¹² no como el asalariado, que ni es verdadero pastor ni propietario de las ovejas. Éste, cuando ve venir al lobo, las abandona y huye. Y el lobo hace presa en ellas y las dispersa. ¹³ El asalariado se porta así porque trabaja únicamente por la paga y no tiene interés por las ovejas. ¹⁴ Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, ¹⁵ lo mismo que mi Padre me conoce a mí y yo lo conozco a él; y yo doy mi vida por las ovejas. ¹⁶ Pero tengo otras ovejas que no están en este redil; también a éstas tengo que atraerlas, para que escuchen mi voz. Entonces se formará un rebaño único, bajo la guía de un solo pastor.

➔ El evangelista presenta otra revelación de Jesús: «Yo soy el buen pastor» (vv. 11.14). Jesús es el pastor «bueno» que da cumplimiento a las promesas de Dios y a las expectativas del pueblo (cf. Miq 5,3; Ez 34,23-31; Jr 3,15). Más aún, no es sólo el pastor que cumple y hace realidad todas las cualidades del pastor, conduciendo al rebaño a lugares seguros y a pastos abundantes, sino que llega incluso a entregarse a sí mismo, hasta privarse de su propia vida por los otros. De este modo, realizando un acto mesiánico, instauro con las ovejas una nueva relación de conocimiento íntimo, de comunión recíproca y de intercambio de amor, según el modelo del amor que el Padre tiene a todos los hombres y, más aún, según la relación de amor y de intercambio de vida que existe entre el Padre y el Hijo.

Jesús revela su misterio en polémica con los falsos pastores, con los responsables del pueblo, que desarrollan su misma misión, aunque de modo diferente, como mercenarios. Estos obreros asalariados no defienden al rebaño en los momentos difíciles arriesgando su vida; más aún, lo abandonan para salvarse a sí mismos, porque no aman a las ovejas que les han sido confiadas en custodia. Juan piensa aquí en los adversarios de Jesús y

de la Iglesia, en los jefes que desprecian a la gente sencilla, que expulsan de la sinagoga a los seguidores del Maestro, hombres contrarios a Dios e inclinados sólo a su interés, hasta el punto de eliminar al Hijo de Dios. Jesús, por el contrario, arriesga la vida por las ovejas (v. 11), conoce a las ovejas con un conocimiento amoroso, sus ovejas le reconocen y les regala una vida duradera (v. 14); no permite que nadie las robe porque las ha recibido todas de la mano de su Padre. Este conocimiento entre Jesús y sus discípulos es una presencia íntima del uno en el otro, comprensión y confianza recíprocas, unión de corazones y pensamiento; es plena penetración de amor porque se apoya sobre una comunión de vida. Este amor implica a todo hombre, sin distinciones, para que todos puedan escuchar su voz y puedan encontrarse en «*un solo rebaño*» y bajo «*un solo pastor*» (v. 16).

MEDITATIO

En el texto de Juan vemos perfilarse dos períodos en la actividad del pastor, dos períodos en los que su actividad se ejerce en campos diferentes. El primer período está ligado a un lugar, y la tarea esencial del pastor es en ese momento hacer salir a las ovejas del redil: se trata del período de la vida terrena de Jesús. El segundo período, que sigue a la exaltación ligada a la ofrenda de su vida, concierne a las ovejas venidas de todas partes: es el tiempo de la Iglesia, que vive bajo la guía del Señor glorificado. Ésta es, en definitiva, la revelación que el Pastor-Jesús nos propone a los hombres en nombre del Padre, un designio de salvación y de amor que encuentra su cima en el acontecimiento de la cruz y de la resurrección (cf. 1 Jn 4,9). Un proyecto y una misión entre los hombres que tiene dos protagonistas: el Padre y el Hijo. El amor del Padre por el Hijo y por el mundo, y el amor del Hijo por el Padre y por el mundo. Y Jesús

manifiesta ese amor a través de la obediencia total y filial al designio del Padre y en la libre entrega de sí mismo a los hombres, a los que ofrece espontáneamente su vida en la cruz, para recuperarla después en el acontecimiento de la resurrección.

Jesús, que es el rostro del Padre, guía también hoy a su comunidad cristiana, a pesar de los peligros, a ver en él al único buen pastor. Todo discípulo, por tanto, tiene en el buen pastor un modelo perfecto para imitar, porque en él reconoce el amor, a saber: ha visto cómo *«él ha dado su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos»* (1 Jn 3,16).

ORATIO

Oh, Espíritu de Dios, luz de la verdad, ayúdanos a discernir lo verdadero y lo justo. Disipa nuestras ilusiones y muéstranos la realidad. Haz que reconozcamos el lenguaje del buen pastor y lo distingamos de cualquier otra voz. Muéstranos la voluntad del Padre bueno para que todas nuestras decisiones estén orientadas a él.

Te rogamos también que nos ayudes a vislumbrar en los acontecimientos los signos de tu presencia y a acoger las justas exigencias de renovación. Concédenos la perspicacia sobrenatural que nos haga descubrir las exigencias de la caridad para acogerlas con amor generoso. Amén.

CONTEMPLATIO

El pastor debe saber guardar silencio con discreción y hablar cuando es útil, de tal modo que nunca diga lo que se debe callar ni deje de decir aquello que hay que manifestar. Porque así como el hablar indiscreto lleva al error, así el silencio imprudente deja en su error a quie-

nes pudieran haber sido adoctrinados. Porque, con frecuencia, acontece que hay algunos prelados poco prudentes, que no se atreven a hablar con libertad por miedo de perder la estima de sus súbditos; con ello, como lo dice la Verdad, no cuidan a su grey con el interés de un verdadero pastor, sino a la manera de un mercenario, pues callar y disimular los defectos es lo mismo que huir cuando se acerca el lobo.

Por eso, el Señor reprende a estos prelados, llamándoles, por boca del profeta: *Perros mudos, incapaces de ladrar*. Y también dice de ellos en otro lugar: *No acudieron a la brecha ni levantaron cerco en torno a la casa de Israel, para que resistiera en la batalla, el día del Señor*. Acudir a la brecha significa aquí oponerse a los grandes de este mundo, hablando con entera libertad para defender a la grey, y resistir en la batalla el día del Señor es lo mismo que luchar por amor a la justicia contra los malos que acechan.

¿Y qué otra cosa significa no atreverse el pastor a predicar la verdad, sino huir, volviendo la espalda, cuando se presenta el enemigo? Porque si el pastor sale en defensa de la grey es como si en realidad levantara cerco en torno a la casa de Israel. Por eso, en otro lugar, se dice al pueblo delincuente: *Tus profetas te ofrecían visiones falsas y engañosas, y no te denunciaban tus culpas para cambiar tu suerte*. Pues hay que tener presente que en la Escritura se da algunas veces el nombre de profeta a aquellos que, al recordar al pueblo cuán caducas son las cosas presentes, le anuncian ya las realidades futuras. Aquellos, en cambio, a quienes la Palabra de Dios acusa de predicar cosas falsas y engañosas son los que, temiendo denunciar los pecados, halagan a los culpables con falsas seguridades y, en lugar de manifestarles sus culpas, enmudecen ante ellos.

Porque la reprensión es la llave con la que se abren semejantes postemas: ella hace que se descubran muchas

culpas que desconocen a veces incluso los mismos que las cometieron. Por eso, san Pablo dice que el obispo debe ser *capaz de predicar una enseñanza sana y de rebatir a los adversarios*. Y, de manera semejante, afirma Malaquías: *Labios sacerdotales han de guardar el saber, y en su boca se busca la doctrina, porque es mensajero del Señor de los ejércitos*. Y también dice el Señor por boca de Isaías: *Grita a plena voz, sin cesar, alza la voz como una trompeta*.

Quienquiera, pues, que se llega al sacerdocio recibe el oficio deregonero, para ir dando voces antes de la venida del riguroso juez que ya se acerca. Pero si el sacerdote no predica, ¿por ventura no será semejante a unregonero mudo? Por esta razón, el Espíritu Santo quiso asentarse, ya desde el principio, en forma de lenguas sobre los pastores; así daba a entender que de inmediato hacía predicadores de sí mismo a aquellos sobre los cuales había descendido (Gregorio Magno, *Regla pastoral*, II, 4).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*El buen pastor da la vida por las ovejas*» (Jn 10,11).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Dios nos recomienda en todas las páginas de sus libros a sus hijos pobres, a sus hijos desheredados. Escuchemos su voz: seamos los padres, los hermanos, los hijos de estos infelices; seamos su consuelo, su refugio, su asilo, su hogar, su casa paterna. Así seremos los padres, los hermanos, los hijos de Jesús; su consuelo, su refugio, su ayuda, su hogar, su casa. No nos inquietemos por aquellos a quienes no les falta nada, por aquellos en quienes piensan todos. Ocupémonos de aquellos a quienes les

falta todo, de aquellos en quienes no piensa nadie. Seamos los amigos de aquellos que no tienen amigos. Meditemos sobre las llagas de Lázaro en vez de hacer regalos al rico, aun cuando esto sea bueno. Seamos los padres, los hermanos, los hijos de los abandonados, de los desheredados, de los miserables; seremos los padres, los hermanos, los hijos de Jesús [...].

¡Cuánto debemos estimar a cada ser humano! ¡Cuánto debemos amar a cada ser humano! Cada uno de ellos es un hijo de Dios. Dios quiere que sus hijos se amen entre ellos. Como un padre tierno quiere que sus hijos se amen entre ellos. Amemos a cada hombre porque es hermano nuestro y porque Dios quiere que le consideremos y le amemos tiernísimamente como tal, porque es hijo de Dios amado y adorado. Porque ha costado la sangre de nuestro Señor, ha sido cubierto por su sangre como por un manto, ha sido amado por Dios y por Jesús hasta consumir por él el sacrificio del Calvario, ha sido amado por Dios hasta dar por él su Hijo, ha sido amado por Jesús en asociación, imitación, unión, conformidad perfecta con Dios y, por eso, hasta inmolarse a sí mismo por él. Amemos a este hombre al que Dios ama en todos los instantes de su vida, al que da, con una paciencia y bondad infinitas, hasta el último minuto de su existencia, los medios para vivir eternamente en el cielo tomando parte de un modo maravilloso en la heredad divina. Estimemos, amemos desde lo hondo del corazón a cada hombre con la mirada puesta en Dios, nuestro Padre común (Charles de Foucauld, *Opere spirituali*, Milán 1960, pp. 84-86 [edición española: *Obras espirituales*, Ediciones San Pablo, Madrid 1998]).

Natividad de la Santísima Virgen María

8 de septiembre

La fiesta del nacimiento de María se remonta al siglo V, momento en el que se edificó una iglesia en Jerusalén, en el lugar donde los apócrifos imaginaban que había estado la casa de Joaquín y Ana, padres de la madre de Jesús.

Las razones de la elección del día 8 de septiembre no nos son conocidas (la fijación de la solemnidad de la Inmaculada Concepción nueve meses antes, en el calendario litúrgico, es tardía). La Iglesia oriental solemniza la natividad de María como inicio del año litúrgico; las primeras celebraciones en Occidente (a partir de Roma) aparecen en el siglo VII.

LECTIO

Primera lectura: Romanos 8,28-30

Hermanos: ²⁸ Sabemos, además, que todo contribuye al bien de los que aman a Dios, de los que él ha llamado según sus designios. ²⁹ Porque a los que conoció de antemano, los destinó también desde el principio a reproducir la imagen de su Hijo, llamado a ser el primogénito entre muchos hermanos. ³⁰ Y a los que desde el principio destinó, también los llamó; a los que llamó, los puso en camino de salvación; y a quienes puso en camino de salvación, les comunicó su gloria.

➔ Esta perícopa constituye un fruto de la maduración de una fe asimilada por el mismo autor de la Carta a los Romanos: el apóstol Pablo; y presenta además la preocupación por la difusión de este mensaje a fin de que sea cada vez mayor el número de los destinatarios que lo reciban, se convenzan de él y se sirvan del mismo. El marco del escultural pasaje es trinitario: el Espíritu acompaña y enseña (vv. 26ss), Cristo consolida la comunión en el amor (vv. 31-39), Dios Padre mantiene el proyecto eterno de manifestar su propia paternidad divina a través de la entrega a los hombres de la filiación y de la fraternidad con Cristo, primogénito de muchos hermanos.

El centro del mensaje paulino está en un anuncio de fe: hay un nacimiento como don del amor de Dios, un acompañamiento de la vida nueva, una consumación en la participación de la gloria.

Evangelio: Mateo 1,1-16.18-23

¹ Genealogía de Jesús, Mesías, Hijo de David, Hijo de Abraham:

² Abrahán engendró a Isaac;
Isaac engendró a Jacob;
Jacob engendró a Judá y a sus hermanos.

³ Judá engendró, de Tamar,
a Farés y a Zara;
Farés engendró a Esrón;
Esrón engendró a Arán;

⁴ Arán engendró a Aminadab;
Aminadab engendró a Naasón;
Naasón engendró a Salmón.

⁵ Salmón engendró, de Rajab, a Booz;
Booz engendró, de Rut, a Obed;
Obed engendró a Jesé;

⁶ Jesé engendró al rey David.
David, de la mujer de Urías,
engendró a Salomón.

⁷ Salomón engendró a Roboán;
Roboán engendró a Abías;
Abías engendró a Asá;

⁸ Asá engendró a Josafat;
Josafat engendró a Jorán;
Jorán engendró a Ozías;

⁹ Ozías engendró a Joatán;
Joatán engendró a Acaz;
Acaz engendró a Ezequías;

¹⁰ Ezequías engendró a Manasés;
Manasés engendró a Amón;
Amón engendró a Josías.

¹¹ Josías engendró a Jeconías
y a sus hermanos,
cuando la cautividad de Babilonia.

¹² Después de la cautividad de Babilonia,
Jeconías engendró a Salatiel;
Salatiel engendró a Zorobabel;

¹³ Zorobabel engendró a Abiud;
Abiud engendró a Eliaquín;
Eliaquín engendró a Azor;

¹⁴ Azor engendró a Sadoc;
Sadoc engendró a Ajín;
Ajín engendró a Eliud;

¹⁵ Eliud engendró a Eleazar;
Eleazar engendró a Matán;
Matán engendró a Jacob.

¹⁶ Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Mesías.

¹⁸ El nacimiento de Jesús, el Mesías, fue así: su madre, María, estaba prometida a José y, antes de vivir juntos, resultó que había concebido por la acción del Espíritu Santo. ¹⁹ José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió separarse de ella en secreto. ²⁰ Después de tomar esta decisión, el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

–José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María como esposa tuya, pues el hijo que espera viene del Espíritu Santo. ²¹ Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados.

²² Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había anunciado el Señor por el profeta:

²³ *La virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel.* (que significa: *Dios con nosotros*).

➔ El exordio del evangelio según Mateo representa una especie de consulta del registro civil sobre Jesús: es como una letanía de nacimientos. Más o menos, todos los antepasados han sido protagonistas en una etapa de la historia; en el nacimiento y en la vida de muchos de ellos resultó determinante la intervención del Señor.

Al final de la lista, el evangelista –discípulo de Cristo sumiso a la cultura judía– sitúa a José, esposo de María, «*de la cual nació Jesús, llamado Mesías*» (v. 16). José no tuvo ninguna presencia, sino sólo proximidad y contigüidad, en el acontecimiento de la encarnación, revelado como misterio matrimonial entre la Virgen y el Espíritu Santo. También José recibió este anuncio. También él fue madurando en la fe la comprensión del nacimiento de aquel que fue engendrado en María, su esposa, por el Espíritu Santo y estaba destinado a salvar al pueblo de sus pecados (v. 21). También él secundó la Palabra divina, obediente, silencioso, activo.

MEDITATIO

La meditación en la fiesta del nacimiento de María se enriquece de ideas. Sólo los apócrifos se basan en la narración del nacimiento de la Madre del Salvador, empalagados de fantasías emocionadas y de hechos inverosímiles utilizables, no obstante, en el ámbito de las simbologías y como interpretaciones. En las lecturas bíblicas no se concentra la atención directamente en María, dado que faltan las fuentes relativas a su nacimiento. Por consiguiente, la meditación sobre su nacimiento tiene que pasar al menos por una afirmación central en ellas, a saber: la importancia del nacimiento.

Semejante observación podría parecer una obviedad; sin embargo, nos introduce en la búsqueda del sentido profundo, más allá de la crónica, de una existencia desde la perspectiva de la fe en Dios y desde la confianza en la nueva criatura entrada en el mundo humano.

El punto fuerte en el descubrimiento de la importancia de un nacimiento está en el descubrimiento de que Dios es el protagonista de ese nacimiento y del destino de esa persona. La presencia determinante e indispensable de Dios como protagonista se encuentra, en consecuencia y por analogía, también en el nacimiento y en la vida de María. El oráculo de Miqueas (el leccionario propone Miq 5,2-5 como primera lectura alternativa) se refiere a una maternidad, esto es, a la fuente de un nacimiento proyectado por Dios: la cita de éste en Mt 2,6 denota una convicción mesiánica, traducida por el evangelista en una convicción cristológica y contextualmente mariológica. La relectura de otro oráculo (Is 7,14) por parte del mismo evangelista señala en la virgen parturienta María a la madre designada por el mismo Dios y envuelta en el abismo místico de la comunión con el Espíritu Santo, el «Señor que da la vida». La importancia del nacimiento de María se deduce también a través de la prefiguración de ella en aquellos que fueron llamados por Dios según su designio, conocidos desde siempre, predestinados, justificados (la singular redención anticipada de la Inmaculada), glorificados.

ORATIO

Santa María, hija del Dios de la vida, criatura nacida en medio de la alegría, arca de la gracia plasmada por el Espíritu, salve. Madre del Viviente, canta aún por nosotros la alabanza al Todopoderoso y guía la gratitud por toda vida que nace y madura junto a nosotros.

Mujer destinada por adelantado a la existencia para abrir la vida al Hijo del hombre, el vencedor de la muerte con su resurrección, acompáñanos en el camino y en las pausas de la vida. Virgen solitaria, presencia amorosa y servicial en nuestra historia, acoge la oración de tus siervos.

CONTEMPLATIO

¿De dónde, repito, te ha llegado tan gran bien? Eres virgen, eres santa, has hecho un voto; pero es muy grande lo que has merecido; mejor, lo que has recibido. ¿Cómo lo has merecido? Se forma en ti quien te hizo a ti; se hace en ti aquel por quien fuiste hecha tú; más aún, aquel por quien fueron hechos el cielo y la tierra, por quien fueron hechas todas las cosas; en ti la Palabra se hace carne recibiendo la carne, sin perder la divinidad. Hasta la Palabra se junta y une con la carne, y tu seno es el tálamo de tan gran matrimonio; vuelvo a repetirlo: tu seno es el tálamo de tan gran matrimonio, es decir, de la unión de la Palabra y de la carne; de él *sale el mismo esposo como de su lecho nupcial* (Sal 18,6). Al ser concebido te encontró virgen, y, una vez nacido, te deja virgen. Te otorga la fecundidad, sin privarte de la integridad. ¿De dónde te ha venido? ¿Quizá parezca insolente interrogar así a una virgen y pulsar inoportunamente con estas mis palabras a sus castos oídos. Mas veo que ella, llena de rubor, me responde y me alecciona: «¿Me preguntas de dónde me ha venido todo esto? Me ruborizo al responderte acerca de mi bien; escucha el saludo del ángel y reconoce en mí tu salvación. Cree a quien yo he creído. Me preguntas de dónde me ha venido eso. Que el ángel te dé la respuesta». Dime, ángel, ¿de dónde le ha venido eso a María? Ya lo dije cuando la saludé: *Salve, llena de gracia* (Lc 1,28).

ACTIO

Repite y medita durante el día esta antifona litúrgica:

«María, virgen madre de Dios, bendita y digna de toda alabanza, nosotros celebramos tu nacimiento: ruega por nosotros al Señor».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Y he aquí que dos mensajeros llegaron a ella, diciéndole: Joaquín, tu marido, viene a ti con sus rebaños. Porque un ángel del Señor ha descendido hasta él, diciéndole: Joaquín, Joaquín, el Señor ha oído y aceptado tu ruego. Sal de aquí, porque tu mujer, Ana, concebirá en su seno.

Y Joaquín salió y llamó a sus pastores, diciendo: Traedme diez corderos sin mácula, y serán para el Señor mi Dios; y doce terneros, y serán para los sacerdotes y para el consejo de los ancianos; y cien cabritos, y serán para los pobres del pueblo.

Y he aquí que Joaquín llegó con sus rebaños, y Ana, que lo esperaba en la puerta de su casa, lo vio venir y, corriendo hacia él, le echó los brazos al cuello, diciendo: Ahora conozco que el Señor, mi Dios, me ha colmado de bendiciones, porque era viuda, y ya no lo soy; estaba sin hijo, y voy a concebir uno en mis entrañas. Y Joaquín guardó reposo en su hogar aquel primer día. [...]

Y los meses de Ana se cumplieron y, al noveno, dio a luz. Y preguntó a la partera: ¿Qué he parido? La partera contestó: Una niña. Y Ana repuso: Mi alma se ha glorificado en este día. Y acostó a la niña en su cama. Y, transcurridos los días legales, Ana se lavó, dio el pecho a la niña y la llamó María.

Y cuando la niña llegó a la edad de tres años, Joaquín dijo: Llamad a las hijas de los hebreos que estén sin mancilla, y que tome cada cual una lámpara, y que estas lámparas se enciendan, para que la niña no vuelva atrás y para que su corazón no se fije en nada que esté fuera del templo del Señor. Y ellas hicieron lo que se les mandaba, hasta el momento en que subieron al templo del Señor. Y el gran sacerdote recibió a la niña y,

abrazándola, la bendijo y exclamó: El Señor ha glorificado tu nombre en todas las generaciones. Y en ti, hasta el último día, el Señor hará ver la redención por Él concedida a los hijos de Israel (*Protoevangelio de Santiago* IV, 2-4; V, 2; VII, 2).

San Juan Crisóstomo

13 de septiembre

Juan Crisóstomo nació en Antioquía hacia el año 349. Ordenado sacerdote, se entregó con gran celo a la predicación. En el año 397 fue llamado a la sede episcopal de Constantinopla, donde se puso enteramente al servicio del rebaño que le había sido confiado. Su palabra clara e incisiva –hasta el punto de merecerle el sobre nombre de «Crisóstomo» («boca de oro»)– no perdonó la corrupción de la corte imperial. Así fue como, al incurrir en el odio de los poderosos, fue enviado al exilio. Primero a Bitinia, de donde fue llamado muy pronto por la reacción del pueblo; pero un segundo y más duro exilio en Armenia fue fatal para su salud. Murió el 14 de septiembre del año 407 en Comana Poetica, en la actual Turquía.

LECTIO

Primera lectura: Efesios 4,1-7.11-13

¹ Así pues, yo, el prisionero por amor al Señor, os ruego que os comportéis como corresponde a la vocación con que habéis sido llamados. ² Sed humildes, amables y pacientes. Soportaos los unos a los otros con amor. ³ Mostraos solícitos en conservar, mediante el vínculo de la paz, la unidad que es fruto del Espíritu. ⁴ Uno sólo es el cuerpo y uno sólo el Espíritu, como también es una la esperanza que encierra la vocación a la que habéis sido llamados; ⁵ un solo Señor, una fe, un bau-

tismo; ⁶ un Dios que es Padre de todos, que está sobre todos, actúa en todos y habita en todos. ⁷ A cada uno de nosotros, sin embargo, se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo. ¹¹ Y fue también él quien constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, y a otros pastores y doctores. ¹² Capacita así a los creyentes para la tarea del ministerio y para construir el cuerpo de Cristo, ¹³ hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, hasta que seamos hombres perfectos, hasta que alcancemos en plenitud la talla de Cristo.

➔ Pablo ha presentado a los efesios el cuadro grandioso del diseño de Dios realizado en Cristo y les ha mostrado cuál es el lugar de los creyentes en el interior de este misterio (vv. 1-3). Ahora les indica en qué se debe concretar su colaboración responsable. De una manera significativa, abre su exhortación aludiendo a la gloria y, al mismo tiempo, al límite de su propia condición: «*Yo, el prisionero por amor al Señor*» (v. 1). Apoyándose en su experiencia, Pablo puede afirmar que si bien la elevada vocación que han recibido requiere una conducta adecuada, esta conducta es posible a cada uno en cualquier situación de la vida (vv. 2ss). Es preciso mantener despierta la conciencia de la meta a la que tienden las virtudes sencillas y cotidianas que ha enumerado: la unidad de la Iglesia querida a imagen de la Trinidad (vv. 4-6). Y precisamente la Trinidad es la fuente divina de la que brota la múltiple variedad de los dones y carismas que Cristo ha distribuido en la Iglesia para la edificación de su cuerpo místico, en la unidad de la fe y del amor (vv. 7-13).

Evangelio: Juan 10,11-16

En aquel tiempo, dijo Jesús: ¹¹ Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas; ¹² no como el asalariado, que ni es verdadero pastor ni propietario de las ovejas. Éste, cuando ve venir al lobo, las abandona y huye. Y el lobo hace

presa en ellas y las dispersa. ¹³ El asalariado se porta así porque trabaja únicamente por la paga y no tiene interés por las ovejas. ¹⁴ Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, ¹⁵ lo mismo que mi Padre me conoce a mí y yo lo conozco a él; y yo doy mi vida por las ovejas. ¹⁶ Pero tengo otras ovejas que no están en este redil; también a éstas tengo que atraerlas, para que escuchen mi voz. Entonces se formará un rebaño único, bajo la guía de un solo pastor.

➡ Al presentarse como el buen pastor, Jesús nos revela que es el verdadero guía de su pueblo. La fisionomía del buen pastor emerge en esta perícopa por contraste con la figura del mercenario; la diferencia entre uno y otro se manifiesta de manera evidente en el momento en el que el rebaño está en peligro. Entonces, el mercenario, que en realidad sólo busca su propio interés, se preocupa únicamente por salvarse a sí mismo, mientras que el buen pastor, que ama y conoce a sus ovejas, sacrifica la vida por su salvación. La comunión que Jesús establece con los suyos está modelada sobre la relación que tiene con su Padre: como él y el Padre son una sola cosa, del mismo modo quiere recoger a todos en la unidad del amor (vv. 15ss).

MEDITATIO

Las palabras que hemos escuchado describen bien la figura y la vida de san Juan Crisóstomo. Como profundo conocedor del misterio de Cristo y brillante predicador, se negó a un fácil éxito al precio de componendas. Sin embargo, mostró a lo vivo las exigencias de la vocación cristiana, censurando valientemente la inmoralidad de la corte imperial; y por eso padeció la persecución y el exilio, mostrándose «*humilde, amable y paciente*» (cf. Ef 4,2). Como pastor bueno y solícito con las necesidades del pueblo, supo sacrificar su vida para defender la integridad de la fe del rebaño que le había sido confiado.

Su luminosa doctrina, su extensa obra homilética y la liturgia que de él toma nombre son un vínculo de unidad entre las Iglesias.

ORATIO

Santo Dios, Tú habitas entre tus santos. Tú eres alabado por los serafines con el himno que te proclama tres veces santo y glorificado por los querubines y adorado por todos los poderes celestiales. Tú has creado todo de la nada. Tú creaste al hombre y a la mujer a tu imagen y semejanza y los adornaste con todos los dones de tu gracia. Tú das sabiduría y entendimiento al suplicante y no te olvidas del pecador, sino que has establecido el arrepentimiento como camino de la salvación. Has permitido que nosotros, tus indignos siervos, estemos ahora delante de la gloria de tu santo altar y te ofrezcamos adoración y alabanza. Maestro, acepta este himno que te proclama tres veces santo también de los labios de nosotros, pecadores, y asístenos con tu bondad. Perdona nuestras transgresiones voluntarias e involuntarias, santifica nuestras almas y nuestros cuerpos y concédenos poder adorarte y servirte en santidad todos los días de nuestra vida, por la intercesión de la santa Madre de Dios y de todos los santos en quienes te has complacido a través de todos los tiempos (Juan Crisóstomo, *Trisagion*).

CONTEMPLATIO

Mira, deseo aliviar una vez más las llagas de tu tristeza. ¿Qué es lo que turba tu alma? No tienes que abatirte; sólo hay una cosa a la que debes temer, oh Olímpide, una única prueba: el pecado y nada más, no he cesado nunca de repetírtelo; todo lo demás son fábulas,

ya se trate de insidias o de odios o calumnias o insultos o acusaciones o confiscaciones o exilios o espadas afiladas o alta mar u hostilidades de todo el mundo. Sea cual sea la naturaleza de estos males, son efímeros y caducos, porque golpean a un cuerpo mortal, sin traer consigo ningún daño al alma vigilante. Nada de cuanto sucede te debe turbar: ora sin cesar al Dios al que adoras, que haga un signo sólo y todo se disolverá en un instante.

Mas si, a pesar de tus oraciones, no se ha disuelto nada, es porque Dios actúa así a menudo: no disuelve las desventuras desde el comienzo, repito, sino cuando han llegado a su cumbre; entonces, de un trazo lo transforma todo en bonanza y dirige la situación hacia desenlaces inesperados. En efecto, Dios puede concedernos no sólo los beneficios que esperamos y deseamos, sino muchos más e infinitamente más grandes.

No te turbes, pues; mantente, más bien, siempre llena de gratitud y de alabanza a Dios, por todo; invócale, ruégale, suplícale. El Señor no se deja sorprender por las situaciones difíciles, aunque todo se haya precipitado a una ruina extrema (Juan Crisóstomo, *Lettere dall'esilio*, Milán 1975, pp. 73ss).

ACTIO

Repite con frecuencia y medita durante el día la Palabra:

«Para mí, la vida es Cristo, y morir significa una ganancia» (Flp 1,21).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La crisis de valores que estamos viviendo y la quiebra actual de los ideales nos invitan a hacer nuestra la experiencia de los antiguos Padres de la fe, comprometiéndonos a reconstruir con

ellos una humanidad más justa y más pura, y a liberarnos a nosotros y a los demás de la alienación y de la agresividad. Por eso es actual la *compunción* –que para Juan Crisóstomo es la revuelta interior contra el mal–. Modelo de conversión radical es este mismo santo, que ya de joven abrazó la aspereza de la soledad contra el ambiente corrupto y corruptor. El Evangelio –repetirá con frecuencia– proclama bienaventurados no a los opresores, ni a los poderosos, sino a los que tienen hambre de justicia y a los que saben comprenderlos; no a los lujuriosos, sino a los limpios de corazón capaces de mirar las cosas de aquí abajo a la luz de Dios; no a los violentos, sino a los portadores de paz. Nunca se cansó de recordar estos principios a sus fieles.

El amor, para los cristianos, es caridad divina que une a los hermanos. En las cartas del exilio, es impresionante la vuelta de Juan Crisóstomo al tema del amor a Dios y al prójimo, de la caridad sentida como pasión viva y casi loca, fuente de verdadera alegría, cima de la pureza. Es hombre, en el sentido cabal del término, quien vive la unión entre los hermanos recordando a Dios en cada uno de ellos. Es capaz de comprender este amor –añade– sólo quien está en sintonía con el corazón de Cristo (C. Riggi, «Introduzione», en Juan Crisóstomo, *La vera conversione*, Roma 1984, pp. 7-9 [edición española: *La verdadera conversión*, Ciudad Nueva, Madrid 1997]).

Exaltación de la Santa Cruz

14 de septiembre

La fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz nació en Jerusalén y se extendió después por todo el Oriente, donde aún se celebra como la de la Pascua. El 13 de septiembre del año 335 fue consagrada la basílica de la Resurrección mandada construir por Elena y Constantino y al día siguiente se recordó al pueblo el significado profundo de la iglesia, mostrando lo que quedaba de la cruz del Salvador. En Roma se conocía ya a comienzos del siglo VI la existencia de una fiesta de la Santa Cruz como recuerdo de la recuperación de la reliquia, pero sólo hacia mediados del siglo VII se empezó a mostrar –el 14 de septiembre– el *lignum crucis* a la veneración del pueblo, como signo e instrumento de salvación.

LECTIO

Primera lectura: Número 21,4b-9

En aquellos días, el pueblo comenzó a impacientarse ⁵ y a murmurar contra el Señor y contra Moisés, diciendo:

–¿Por qué nos habéis sacado de Egipto para hacernos morir en este desierto? No hay pan ni agua, y estamos ya hartos de este pan tan liviano.

⁶ El Señor envió entonces contra el pueblo serpientes muy venenosas que los mordían. Murió mucha gente de Israel, ⁷ y el pueblo fue a decir a Moisés:

–Hemos pecado al murmurar contra el Señor y contra ti. Pide al Señor que aleje de nosotros las serpientes.

Moisés intercedió por el pueblo, ⁸ y el Señor le respondió:

–Hazte una serpiente de bronce, ponla en un asta y todos los que hayan sido mordidos y la miren quedarán curados.

⁹ Moisés hizo una serpiente de bronce y la puso en un asta. Cuando alguno era mordido por una serpiente, miraba a la serpiente de bronce y quedaba curado.

➔ El autor del libro de los Números narra en los capítulos 20-21 las últimas peripecias de los judíos en el desierto, antes de su entrada en la tierra prometida. El pueblo murmura porque no tiene lo que desea; se rebela, no soporta el cansancio del camino (v. 2) a causa del hambre («*estamos ya hartos de este pan tan liviano*») y de la sed (v. 5). Cegado por tales molestias, no consigue reconocer el poder de Dios, ya no tiene fe en el Señor; más aún, le consideran como alguien que envenena la vida. Dios manifiesta su juicio de castigo respecto al pueblo enviando serpientes venenosas (v. 6). Frente a la experiencia de la muerte, los judíos reconocen el pecado cometido alejándose de Dios y piden perdón. Y como la serpiente con su mordedura resultaba letal, así ahora su imagen de bronce puesta encima de un asta se vuelve motivo de salvación física para todo el que hubiera sido mordido.

El evangelio de Juan reconocerá en la serpiente de bronce levantada por Moisés en el desierto la prefiguración profética del levantamiento del Hijo del hombre crucificado.

Evangelio: Juan 3,13-17

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: ¹³ Nadie ha subido al cielo, a no ser el que vino de allí, es decir, el Hijo del hombre.

¹⁴ Lo mismo que Moisés levantó la serpiente de bronce en el

desierto, el Hijo del hombre tiene que ser levantado en alto,¹⁵ para que todo el que crea en él tenga vida eterna.

¹⁶ Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. ¹⁷ Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de él.

➔ Los vv. 13-17 del evangelio de Juan forman parte del extenso discurso que responde a la pregunta de Nicodemo y en el que pone de manifiesto la necesidad de la fe para tener la vida eterna y escapar del juicio de condena. Jesús, el Hijo del hombre (v. 13), procede del seno del Padre; es el que «vino de allí» (v. 13), el único que ha visto a Dios y puede comunicar su proyecto de amor, cuya realización se encuentra en el don del Hijo unigénito. Jesús se compara con la serpiente de bronce (cf. Nm 21,4-9), afirmando que el pleno cumplimiento de cuanto pasó en el desierto tendrá lugar cuando él sea levantado en alto, es decir, en la cruz (v. 14), para la salvación del mundo (v. 17). Todo el que le mire con fe, es decir, todo el que crea que el Cristo crucificado es el Hijo de Dios, el salvador, tendrá la vida eterna.

El hombre, al acoger en él el don del amor del Padre, pasa de la muerte del pecado a la vida eterna. Sobre el fondo de este texto aparece el cuarto canto del «Siervo de YHWH» (cf. Is 52,13ss), donde volvemos a encontrar unidos los verbos «levantar» y «glorificar». Se comprende, por tanto, que Juan quiere presentar la cruz, punto extremo de la ignominia, como cumbre de la gloria.

MEDITATIO

Cada vez que leemos la Palabra de Dios crece en nosotros la certeza de que Jesús da pleno cumplimiento a

la historia del pueblo hebreo y a nuestra historia: en efecto, no vino a abolir, sino a dar cumplimiento. Jesús es aquel que ha bajado del cielo, aquel que conoce al Padre, que está en íntima unión con él («*El Padre y yo somos uno*»: Jn 10,30), y ha sido enviado por el Padre para revelar el misterio salvífico, el misterio de amor que se realizará con su muerte en la cruz. Jesús crucificado es la manifestación máxima de la gloria de Dios. Por eso, la cruz se convierte en símbolo de victoria, de don, de salvación, de amor.

Todo lo que podemos entender con la palabra «cruz» –a saber: el dolor, la injusticia, la persecución, la muerte– es incomprendible si lo miramos con ojos humanos. Sin embargo, a los ojos de la fe y del amor aparece como medio de configuración con aquel que nos amó primero. Así las cosas, ya no vivimos el sufrimiento como un fin en sí mismo, sino que se convierte en participación en el misterio de Dios, camino que nos conduce a la salvación.

Sólo si creemos en Cristo crucificado, es decir, si nos abrimos a la acogida del misterio de Dios que se encarna y da la vida por toda criatura; sólo si nos situamos frente a la existencia con humildad, libres de dejarnos amar para ser a nuestra vez don para los hermanos, seremos capaces de recibir la salvación: participaremos en la vida divina de amor.

Celebrar la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz significa tomar conciencia en nuestra vida del amor de Dios Padre, que no ha dudado en enviarnos a Cristo Jesús: el Hijo que, despojado de su esplendor divino y hecho semejante a nosotros los hombres, dio su vida en la cruz por cada ser humano, creyente o incrédulo (cf. Flp 2,6-11). La cruz se vuelve el espejo en el que, reflejando nuestra imagen, podemos volver a encontrar el verdadero significado de la vida, las puertas de la esperanza, el lugar de la comunión renovada con Dios.

ORATIO

Oh cruz, inefable amor de Dios y gloria del cielo.
Cruz, salvación eterna; cruz, miedo de los réprobos.
Oh cruz, apoyo de los justos, luz de los cristianos,
por ti Dios encarnado se hizo esclavo en la tierra;
por medio de ti ha sido hecho en Dios rey en el cielo;
por ti ha salido la verdadera luz,
la noche maldita ha sido vencida.
Tú hiciste hundirse para los creyentes
el panteón de las naciones;
eres tú el alma de la paz
que une a los hombres en Cristo mediador.
Eres la escalera por la que el hombre sube al cielo.
Sé siempre para nosotros, tus fieles, columna y ancla;
rige nuestra morada.
Que en la cruz se consolide nuestra fe,
que en ella se prepare nuestra corona.
(Paulino de Nola.)

CONTEMPLATIO

Elevándose, pues, a Dios a impulsos del ardor seráfico de sus deseos y transformado por su tierna compasión en aquel que a causa de su extremada caridad quiso ser crucificado: cierta mañana de un día próximo a la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, mientras oraba en uno de los flancos del monte, vio bajar de lo más alto del cielo a un serafín que tenía seis alas tan ígneas como resplandecientes. En vuelo rapidísimo avanzó hacia el lugar donde se encontraba el varón de Dios, deteniéndose en el aire. Apareció entonces entre las alas la efigie de un hombre crucificado, cuyas manos y pies estaban extendidos a modo de cruz y clavados a ella. Dos alas se alzaban sobre la cabeza, dos se extendían para volar y las otras dos restantes cubrían todo su cuerpo.

Ante tal aparición, quedó lleno de estupor el santo y experimentó en su corazón un gozo mezclado de dolor. Se alegraba, en efecto, con aquella graciosa mirada con que se veía contemplado por Cristo bajo la imagen de un serafín; pero, al mismo tiempo, el verlo clavado a la cruz era como una espada de dolor compasivo que atravesaba su alma.

Estaba sumamente admirado ante una visión tan misteriosa, sabiendo que el dolor de la pasión de ningún modo podía avenirse con la dicha inmortal de un serafín. Por fin, el Señor le dio a entender que aquella visión le había sido presentada así por la divina Providencia para que el amigo de Cristo supiera de antemano que había de ser transformado totalmente en la imagen de Cristo crucificado no por el martirio de la carne, sino por el incendio de su espíritu.

Así sucedió, porque al desaparecer la visión dejó en su corazón un ardor maravilloso, y no fue menos maravillosa la efigie de las señales que imprimió en su carne («Leyenda mayor», en *Fuentes franciscanas*, versión electrónica).

ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día:

«*El Hijo del hombre tiene que ser levantado en la cruz, para que todo el que crea en él tenga vida eterna*» (cf. Jn 3,14-15).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Jesús conquista a los hombres por la cruz, que se convierte en el centro de atracción, de salvación para toda la humanidad. Quien no se rinde a Cristo crucificado y no cree en él no puede obtener la salvación. El hombre es redimido en el signo bendito

de la cruz de Cristo: en ese signo es bautizado, confirmado, absuelto. El primer signo que la Iglesia traza sobre el recién nacido y el último con el que conforta y bendice al moribundo es siempre el santo signo de la cruz.

No se trata de un gesto simbólico, sino de una gran realidad. La vida cristiana nace de la cruz de su Señor, el cristiano es engendrado por el Crucificado, y sólo adhiriéndose a la cruz de su Señor, confiando en los méritos de su pasión, puede salvarse. Ahora bien, la fe en Cristo crucificado debe hacernos dar otro paso. El cristiano, redimido por la cruz, debe convencerse de que su misma vida debe estar marcada –y no sólo de una manera simbólica– por la cruz del Señor, o sea, que debe llevar su impronta viva. Si Jesús ha llevado la cruz y en ella se inmoló, quien quiera ser discípulo suyo no puede elegir otro camino: es el único que conduce a la salvación porque es el único que nos configura con Cristo muerto y resucitado.

La consideración de la cruz nunca debe ser separada de la consideración de la resurrección, que es su consecuencia y su epílogo supremo. El cristiano no ha sido redimido por un muerto, sino por un Resucitado de la muerte en la cruz; por eso, el hecho de que Jesús llevara la cruz debe ser confortado siempre con el pensamiento del Cristo crucificado y por el del Cristo resucitado (G. di S. M. Maddalena, *Intimità divina*, Roma 1980, pp. 342ss).

Nuestra Señora la Virgen de los Dolores

15 de septiembre

La devoción a la Virgen de los Dolores se remonta a los primeros años del segundo milenio, como desarrollo de la «compasión» con *Maria iuxta crucem Jesu*. Esta devoción fue formulada litúrgicamente en tierras germanas, concretamente en Colonia, el año 1423. Sixto IV insertó en el misal romano la memoria de Nuestra Señora de la Piedad. La atención hacia María «dolorosa» se fue desarrollando gradualmente en la forma de los Siete Dolores, representados en las siete espadas que traspasan el corazón de la madre de Cristo. La extensión a la Iglesia latina en 1727 fue favorecida por los Siervos de María, que la celebraban desde 1668. La colocación en el 15 de septiembre se remonta a Pío X (1903-1914). En el calendario litúrgico de 1969 se la denomina memoria de Nuestra Señora la Virgen de los Dolores.

LECTIO

Primera lectura: Hebreos 5,7-9

⁷ El mismo Cristo, que en los días de su vida mortal presentó oraciones y súplicas con grandes gritos y lágrimas a aquel que podía salvarlo de la muerte, fue escuchado en atención a su actitud reverente, ⁸ y precisamente porque era Hijo aprendió a obedecer a través del sufrimiento.

➔ Esta breve perícopa es, evidentemente, cristológica. El contexto subraya la filiación divina y la identidad sacerdotal de Cristo. Es también hijo de María el hijo de Dios que no fue eximido de la muerte ni de los padecimientos, sino que a través de ellos se hizo perfecto y se convirtió en causa de salvación. La muerte y los padecimientos son herencia de toda persona humana. Por consiguiente, ni siquiera María, aunque fuera madre de Dios, fue eximida del dolor.

La palabra clave que une al hijo con la madre –y después a los discípulos de él– es «*obediencia*» (v. 8). Cristo obedece en todo al Padre: su alimento es cumplir la voluntad del Padre; la voluntad del Padre envuelve toda la existencia humana, cubierta asimismo por Jesús de alegrías y dolores, encaminada por él a la muerte y a la resurrección. También María se dispone a obedecer a la voluntad de Dios, poniéndose a su disposición cual sierva del Señor, cuya Palabra pretende cumplir. La Palabra la conduce a lo largo de las etapas de un camino de dolor: una *via matris dolorosae*.

Evangelio: Lucas 2,33-35

En aquel tiempo, ³³ su padre y su madre estaban admirados de las cosas que se decían de él. ³⁴ Simeón los bendijo y dijo a María, su madre:

–Mira, este niño va a ser motivo de que muchos caigan, o se levanten en Israel. Será signo de contradicción, ³⁵ y a ti misma una espada te atravesará el corazón; así quedarán al descubierto las intenciones de todos.

➔ Esta minúscula perícopa de Lucas está situada en el centro de la «presentación de Jesús en el templo», donde sus padres cumplían las normas de la ley relativa a los recién nacidos. La palabra clave aquí es «*espada*» (v. 35b). La exégesis, consolidada por siglos de repetidas

e idénticas referencias mariológicas, sondea todos los matices que se refractan de la imagen de la «espada de dolor». Siempre han sido llamadas «profecías de Simeón» las palabras de este hombre justo y temeroso de Dios, que esperaba el consuelo de Israel.

Indudablemente, la imagen de la espada que traspasa el alma se plasma en un corazón traspasado; algunos acontecimientos evangélicos confirman una especie de preanuncio de sufrimientos y dolores que habrían hecho sufrir al corazón de la madre. Sin embargo, el sustantivo «*espada*» que traspasa remite a Heb 4,12: allí la espada representa la Palabra de Dios. También la palabra fatigosa, pero obedecida por Jesucristo, hijo de Dios y de María, es igualmente obedecida por su Madre, convertida asimismo por esa fatigosa obediencia en la *Dolorosa*.

MEDITATIO

Algún leccionario propone también como primera lectura para esta memoria de la Virgen de los Dolores el texto de Jdt 13,17b-20a: es el canto de bendición a Dios y a la mujer fuerte por la liberación del pueblo, que sufre y está atemorizado por la presencia de un peligroso enemigo; éste se convierte en cántico de bendición a María, «mediadora» de la salvación también a través de sus dolores.

Se propone también como lectura Col 1,18-24, que es el repetido buen anuncio –«Evangelio»– de la reconciliación mediante la muerte de Cristo, al que puede asociarse todo discípulo completando en su propia carne lo que falta a su pasión: María es la primera que, sufriendo con su hijo moribundo en la cruz, cooperó de un modo absolutamente especial en la obra del salvador (cf. *Lumen gentium* 61).

Se propone, por último, el texto de Jn 19,25-27, fuente esencial para el desarrollo del recuerdo del dolor de María, confiada también como «dolorosa» al discípulo amado (no sólo el autobiógrafo Juan, sino todo el que sigue con un amor fiel a Cristo a todas partes), el cual «*la tomó consigo*», o sea, acogió la belleza de su estilo de discipulado y proximidad no exentos de encrucijadas de dolor.

El soporte para la meditación es generoso: una generosidad que no es extraña a la convicción o al menos a la sensación de la importancia de un tema y una realidad tan sensiblemente humana como es el dolor. El mensaje abierto por la Palabra bíblica confirma la subsistencia del dolor en la historia individual y colectiva de la humanidad, pero anuncia que el dolor habita también en el mundo divino, asumido en la encarnación por el mismo Hijo de Dios, Jesucristo, y compartido por su madre, una mujer en parte común y en parte singular como María. Mediante su experiencia de dolor, el dolor humano puede ser sustraído a la maldición y convertirse en mediación de vida salvada y servicio de amor.

ORATIO

Santa María, mujer del dolor, madre de los vivientes, salve. Nueva Eva, Virgen junto a la cruz, donde se consume el amor y brota la vida.

Madre de los discípulos, sé tú la imagen conductora en nuestro compromiso de servicio; enséñanos a permanecer contigo junto a las infinitas cruces donde todavía sigue siendo crucificado tu Hijo; enséñanos a vivir y a atestiguar el amor cristiano, acogiendo en cada hombre a un hermano; enséñanos a renunciar al opaco egoísmo para seguir a Cristo, única luz del hombre.

Virgen de la pascua, gloria del Espíritu, acoge la oración de tus siervos.

CONTEMPLATIO

A Santa María, tanto en la tradición de la Iglesia como en la devoción popular, se la denomina y reconoce como la *Dolorosa*. La Dolorosa no es dogma de fe, o sea, una verdad revelada por Dios. El dolor de María fue una realidad de su vida terrena. Inmaculada, siempre virgen, madre de Dios y asunta configuran la verdad de la inmodificable identidad personal de María. El dolor fue una experiencia suya terrena: *María fue y ya no es dolorosa*. Sus dolores cesaron al final de su existencia terrena, como sucede con toda persona humana. Pero ella sigue estando junto a los que sufren: *la Dolorosa continúa siendo madre de los que sufren*. En esta función ejerce ella un magisterio. Los dolores padecidos en la tierra constituyen una compleción de la pasión de Cristo en beneficio de la Iglesia. La participación de María en la pasión del Señor se ha convertido en su modo de cooperar a la obra de la salvación llevada a cabo por él: también como *dolorosa es María corredentora*, es decir, «ha cooperado de un modo absolutamente especial en la obra del Salvador».

ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día la Palabra:
«*Jesús dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo"*»
(Jn 19,26).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La meditación sobre los siete dolores de la bienaventurada Virgen podrá expresarse fácilmente en términos actuales, en cuanto los comparemos con los múltiples sufrimientos por los que está marcada la vida hoy...

Principalmente en virtud de nuestra identidad cristiana, aceptaremos ser nosotros mismos una existencia atravesada por la espada del dolor. Siguiendo a Jesús, tomaremos cada día nuestra cruz (Lc 9,23; cf. Mc 8,34; Mt 16,24). Sensibles al drama de innumerables personas y grupos obligados a emigrar desde países pobres hacia naciones más ricas, en busca de pan o de libertad, pondremos a salvo la vida de todo tipo de persecución y ofreceremos nuestra contribución activa a la acogida de los emigrantes [...].

En presencia de cuantos, en medio de la incertidumbre del vivir, añoran el rostro del Señor o se encuentran angustiados por haberlo perdido, nuestras comunidades han de ser lugares que apoyen su trabajosa búsqueda. Han de convertirse en santuarios de consuelo para tantos padres y madres que, desolados, lloran la pérdida física o moral de sus hijos. Como copartícipes de un mismo itinerario de fe, acompañaremos a nuestros hermanos y hermanas por la vía de su calvario: con gestos de delicadeza, como Verónica, o llevando su peso, como el Cirineo (H. M. Moons, *Con Maria accanto alla croce*, Roma 1992, 19ss).

Santos Cornelio y Cipriano

16 de septiembre

Cornelio, nacido en Roma, fue elegido papa el año 251, después de quince meses de sede vacante por la persecución de Decio. El emperador Cayo Vibio Treboniano Galo le desterró a Civitavecchia, donde murió el 14 de septiembre. Fue sepultado en las catacumbas de S. Calixto. Cipriano, en cambio, había nacido en Cartago en torno al año 200, de padres paganos. Fue bautizado el año 248, poco después recibió las órdenes sagradas y fue elegido obispo de su ciudad. Sufrió el martirio bajo Valeriano el 14 de septiembre del año 258. Escribió varios tratados y cartas.

LECTIO

Primera lectura: Romanos 5,1-5

Hermanos: ¹ Así pues, quienes mediante la fe hemos sido puestos en camino de salvación, estamos en paz con Dios a través de nuestro Señor Jesucristo. ² Por la fe en Cristo hemos llegado a obtener esta situación de gracia en la que vivimos y de la que nos sentimos orgullosos, esperando participar de la gloria de Dios. ³ Y no sólo esto, sino que hasta de las tribulaciones nos sentimos orgullosos, sabiendo que la tribulación produce paciencia; ⁴ la paciencia produce virtud sólida, y la virtud sólida, esperanza. ⁵ Una esperanza que no engaña porque, al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.

➔ Estar en paz en presencia de la divina santidad: en eso consiste la verdadera bienaventuranza y la fuerza del hombre redimido en Cristo y consolidado en la justicia de esta fe. Las dificultades nos brindan la ocasión de señalar en quién hemos creído y hasta qué punto la gracia ha penetrado todo nuestro ser arraigándolo en Dios, nuestra única esperanza. Las tribulaciones y sufrimientos, vividos y ofrecidos en el Señor, no devuelven al hombre rebelde a la situación «antinatural» del mal. La paciencia, es decir, el padecimiento hecho nuestro con nuevas razones de amor, se convierte en virtud sólida y resistente, plenitud provocadora de gracia pascual.

Evangelio: Mateo 10,17-22

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ¹⁷ Tened cuidado, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas. ¹⁸ Seréis llevados por mi causa ante los gobernadores y reyes, para que deis testimonio ante ellos y ante los paganos. ¹⁹ Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo hablaréis, ni de qué diréis. Dios mismo os sugerirá en ese momento lo que tenéis que decir, ²⁰ pues no seréis vosotros los que hablaréis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará a través de vosotros.

²¹ El hermano entregará a su hermano a la muerte y el padre a su hijo. Se levantarán hijos contra padres y los matarán.

²² Todos os odiarán por causa mía, pero el que persevere hasta el fin, ése se salvará.

➔ El Señor no exonera de los sufrimientos a sus propios discípulos. Sin embargo, en la evolución real de la historia –que, a pesar de la redención, prosigue su curso con la lucha entre el bien y el mal– les promete su ayuda poderosa y un sentido nuevo. Lo que decimos está en continuidad con la obra redentora, en la que es ineludible el odio contra sus enviados y amigos, porque lo mismo le sucedió a él. Con todo, el Espíritu del Padre hará

también sus testimonios intachables por su verdad. En consecuencia, a pesar suyo, la misma persecución se pondrá al servicio del Evangelio: en efecto, creará las condiciones favorables y extremas para dar razón del Reino de una manera eficaz.

MEDITATIO

Cipriano a Cornelio, hermano en el episcopado:

Sabemos, amadísimo hermano, de tu fe, de tu fortaleza y de tu abierto testimonio. Todo ello te honra a ti y me proporciona a mí tanta alegría que me hace considerarme partícipe y socio de tus méritos y de tus empresas.

Siendo, en efecto, una la Iglesia, uno e inseparable el amor, única e inseparable la armonía de los corazones, ¿qué sacerdote, al proclamar las alabanzas de otro sacerdote, no se alegrará como de su propia gloria? ¿Y qué hermano no se sentirá feliz con la alegría de los propios hermanos? Ciertamente, no podéis imaginaros el contento y la gran alegría que hemos tenido aquí al saber de vosotros cosas tan hermosas y conocer las pruebas de fortaleza que estáis dando.

Tú has sido el guía de los hermanos en la defensa de la fe, y la misma confesión del guía se ha fortalecido todavía más con el testimonio de los hermanos. Así, mientras has precedido a los otros en el camino de la gloria, y mientras te has mostrado dispuesto a confesar el primero y por todos, has persuadido también al pueblo a confesar la misma fe. Por todo esto, nos resulta difícil expresaros qué es lo que más debemos elogiar en vosotros, si tu fe pronta e inquebrantable o la inseparable caridad de los hermanos. Se ha manifestado en todo su esplendor el valor del obispo como guía de su pueblo, y se ha mostrado luminosa y grande la fidelidad del pueblo en plena solidaridad con su obispo. Por medio de todos vosotros,

la Iglesia de Roma ha dado su magnífico testimonio, toda ella unida en un solo espíritu y una sola voz.

De este modo ha brillado, hermano queridísimo, la fe que el apóstol comprobaba y elogiaba en vuestra comunidad. Ya entonces preveía él mismo y celebraba casi proféticamente su valor y su indomable fortaleza. Ya entonces reconocía los méritos que os darían tanta gloria. Exaltaba las empresas de los padres, previendo las de sus hijos. Con su plena concordia, con su fortaleza, habéis dado a todos los cristianos un luminoso ejemplo de unión y de constancia.

Queridísimo hermano, el Señor, en su providencia, nos avisa que es inminente la hora de la prueba. Dios, en su bondad y en su premura por nuestra salvación, nos da sus benéficos consejos de cara a nuestro próximo combate. Pues bien, en nombre de la caridad, que nos une recíprocamente, ayudémonos perseverando con todo el pueblo en ayunos, en vigiliass y en la oración.

Éstas son para nosotros las armas celestiales que nos harán firmes, fuertes y perseverantes. Éstas son las armas espirituales y los dardos divinos que nos protegerán.

Recordémonos mutuamente en la concordia y fraternidad espiritual. Roguemos siempre y en todo lugar los unos por los otros y busquemos cómo aliviar nuestros sufrimientos con la mutua caridad (Carta 60, 1-2; CSL III, 691-692, 694-695).

ORATIO

Cuando yacía postrado en las tinieblas de la noche, cuando zozobraba en medio del mar borrascoso de este mundo y andaba vacilante en el camino del error sin saber qué sería de mi vida, desviado de la luz de la verdad, imaginaba que sería difícil y duro, en mi situación, lo que me prometía la divina misericordia: que uno pudie-

ra renacer y que –animado de una nueva vida por el baño del agua de salvación– dejara lo que había sido y cambiara el hombre viejo de espíritu y mente, aunque permaneciera en el mismo cuerpo humano. ¿Cómo es posible, me decía, tal transformación? [...] Esto me decía una y mil veces a mí mismo. Pues, como me hallaba retenido y enredado en tantos errores de mi vida anterior, de los que no creía poder desprenderme, yo mismo condescendía con mis vicios inveterados y, desesperando de enmendarme, fomentaba mis males como hechos naturales en mí. Pero después que quedaron borradas con el agua de regeneración las manchas de la vida pasada y se infundió la luz en mi espíritu transformado y purificado, después que me cambió en un hombre nuevo por un segundo nacimiento la infusión del Espíritu celestial, al instante se aclararon las dudas de modo maravilloso, se abrió lo que estaba cerrado, se disiparon las tinieblas, se volvió fácil lo que antes me parecía difícil, se hizo posible lo que creía imposible. De modo que pude reconocer que provenía de la tierra mi anterior vida carnal sujeta a los pecados y que era cosa de Dios lo que ahora estaba animado por el Espíritu Santo (Cipriano de Cartago).

CONTEMPLATIO

Algunas sentencias de sabiduría de san Cipriano:

«Nunca le faltará la luz a quien tiene la Luz en su corazón. Nunca le faltará la luz ni el sol a quien tiene a Cristo como luz y como sol».

«No son los mártires quienes hacen el Evangelio, sino que por medio del Evangelio es como se llega a mártir».

«No puede tener a Dios por padre quien no tiene a la Iglesia como madre».

«No puede poseer la túnica de Cristo quien escinde y divide a su Iglesia».

«No es posible dividir la unidad».

«Nada le faltará a quien tiene a Dios consigo, con tal de que no le falte Dios».

ACTIO

Repite y medita con frecuencia durante el día este pensamiento de san Cipriano:

«Dios no busca nuestra sangre, sino nuestra fe».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La compleja y atribulada vida religiosa de Cipriano nos conduce ante todo a una realidad: *amar a Dios es amar a la Iglesia*. Es ésta una verdad grande, comprometedora, aunque, desgraciadamente, muy desatendida en nuestros días. El Señor no se ha separado de sus fieles, precisamente la Iglesia. Una Iglesia cuyas culpas y sombras no ignoró el obispo Cipriano, pero una Iglesia a la que amó también de una manera impresionante. Precisamente, la unidad parece ser uno de los temas más entrañables a Cipriano: «La Iglesia es sólo una, como la luz, aunque los rayos del sol sean muchos». ¿Cómo no ver aquí una llamada muy seria dirigida también a nosotros? Hoy, que sentimos la tentación de enfatizar las disparidades, incluso notables, que existen entre pueblo y pueblo en el modo de vivir la propia fe, las palabras de Cipriano nos invitan a favorecer de todas las maneras posibles la unidad y a superar cualquier barrera individualista, conscientes de nuestra vocación a creer en un solo Señor, dirigidos a un solo Padre, bajo la acción de un solo Espíritu. A siglos de distancia, el mismo mensaje nos sigue interpelando de manera ardiente. ¿Seremos capaces, serán capaces nuestras comunidades de prestar una humilde y obediente escucha a ejemplo de la primera Iglesia? (A. Ballestrero, «Presentazione», en *Cristiani con coraggio*, Roma 1985, 7-9, *passim*).

Santos Andrés Kim, Pablo Chong y compañeros mártires

20 de septiembre

A principios del siglo XVII, el cristianismo entró en Corea y el Evangelio se fue extendiendo por las familias con el testimonio de los laicos. Según los datos que se tienen, en el año 1836 entraron en Corea los primeros sacerdotes europeos. A partir de esas fechas, las autoridades coreanas comenzaron a perseguir a los cristianos. En esas persecuciones murieron estos dos santos junto con otro centenar de mártires. Andrés Kim fue el primer sacerdote coreano, y Pablo Chong, un insigne misionero laico. El día 19 de junio de 1988, Juan Pablo II los proclamó santos junto con otros 115 compañeros que derramaron su sangre por la fe en Cristo en el siglo XIX.

LECTIO

Primera lectura: 2 Mac 7,1-2.9-14

¹ Siete hermanos fueron apresados junto con la madre y obligados a comer carnes de cerdo prohibidas; y por negarse a comerlas, fueron azotados con zurriagos y vergajos de toro.

² Uno de ellos, en nombre de todos, dijo: «¿Qué buscas o qué quieres de nosotros? Todos estamos dispuestos a morir antes que quebrantar las leyes patrias» (y murió el primero).

⁹ El segundo, a punto de expirar, dijo: «Tú, criminal, nos quitas la vida presente, pero el rey del mundo nos dará después una vida eterna a los que morimos por sus leyes». ¹⁰ A

continuación fue torturado el tercero. Le mandaron sacar la lengua; la sacó rápidamente ¹¹ y extendió las manos con valor, diciendo con gallardía: «Del cielo he recibido estos miembros, y ahora los desprecio por amor de sus leyes, porque sé que un día el mismo cielo me los devolverá». ¹² El rey y cuantos estaban con él se maravillaron del ánimo y valor del joven, que así despreciaba los tormentos. ¹³ Muerto éste, sometieron al cuarto a los mismos tormentos. ¹⁴ Ya a punto de morir, dijo: «Es preferible sucumbir a manos de hombres, teniendo en Dios la esperanza de ser resucitados de nuevo por él. Pero para ti no habrá resurrección para la vida».

➡ No se había manifestado tan claramente en la Biblia la fe en la resurrección como en este libro de los Macabeos. En la sala donde se tortura a estos siete hermanos, en lugar de los gritos de dolor ellos proclaman la fe en resurrección y la certeza del premio que se concederá a los que son fieles hasta la muerte.

En rey Antíoco Epifanes pretendía implantar el culto a los dioses griegos en territorio judío. Esto supuso un enorme sufrimiento para todos los que se mostraban observantes del culto y de la Ley, según la tradición de los padres, y se manifestaban contrarios al cambio que pretendían imponer los dominadores de turno, en este caso los seleucidas. Este relato se convertirá en modelo para las posteriores actas martiriales y hará surgir entre la población un vivo sentido de resistencia frente a la persecución religiosa.

El fragmento que hemos leído en esta fiesta de los mártires coreanos se detiene en las confesiones del segundo, del tercero y del cuarto de los siete hermanos, que afirman la fe en la resurrección.

Son significativos también el número 7, que indica la totalidad la familia destruida en la vida de esta tierra, y la figura de la madre, que remite a la nueva vida que éstos esperan del Creador.

Evangelio: Jn 15,18-21

¹⁸ Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros. ¹⁹ Si fuéis del mundo, el mundo os amaría como cosa suya. Pero como no sois del mundo, pues yo os elegí y os saqué del mundo, por eso el mundo os odia. ²⁰ Recordad que os he dicho: «El criado no es más que su amo». Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; y si han rechazado mi doctrina, también rechazarán la vuestra. ²¹ Todas estas cosas harán con vosotros por mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado.

➤ En estos pocos versículos el evangelista está reflejando una experiencia que ya vive la comunidad joánica: la persecución. Jesús vino como expresión de amor del Padre para implantar el amor y formar la comunidad de los que se aman. Como antítesis a este amor está el odio, expresado en el rechazo y la persecución. A los seguidores de Jesús les espera la misma suerte que corrió el Maestro: serán odiados y perseguidos por el mundo.

¿Qué significa para el cristiano «no ser del mundo»? Como sarmientos unidos a la cepa, los discípulos de Jesús han pasado con él de la muerte a la vida. Muerte al «mundo»: a los criterios y modos de actuar contrarios al Evangelio; a las injusticias del poder y de la riqueza, aunque estén institucionalizadas; al abuso y opresión del débil; a toda estructura de pecado personal y social.

MEDITATIO

«Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros» (Jn 15,18). Éste es el misterio de la vida empezada en Cristo y prolongada en los cristianos. Sorprende constatar cómo el martirio acompaña al nacimiento de las comunidades cristianas, en Je-

rusalén, en Samaría, en Roma y hasta los confines de la tierra.

La lista de mártires que figuran en el canon de los santos es interminable. Abundan en el martirologio cristiano jerarcas y religiosos, pero no falta tampoco el testimonio de muchos laicos. Con el sacerdote Andrés Kim, cuyo martirio celebramos hoy, figura el laico Pablo Chong como representante de muchos otros laicos, hombres y mujeres, casados y solteros, ancianos, jóvenes y niños, que sellaron con su sangre los comienzos de la fe cristiana en Corea.

El testimonio de estos mártires es para nosotros una imagen viva. Ellos son un desafío a la hora de construir, como sarmientos unidos a la vid, la sociedad contemporánea. Nos estimulan a no dejar que falte en este mundo un rayo de la luz del Espíritu que ilumine el camino de la existencia humana.

El mismo año (1988) en que Juan Pablo II canonizó a estos mártires de la fe, escribió a todos los fieles cristianos laicos del mundo insistiéndoles en la responsabilidad de vivir y proclamar la fe recibida en el bautismo. La exhortación se titula *Christifideles laici*. De esa carta extraemos la oración que hoy os invitamos a rezar.

ORATIO

María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, contigo damos gracias a Dios por la espléndida vocación y por la multiforme misión confiada a los fieles laicos. Virgen del Magnificat, llénanos de reconocimiento y entusiasmo por esta vocación y por esta misión. Abre nuestros corazones a las inmensas perspectivas del Reino de Dios y del anuncio del Evangelio a toda criatura.

Virgen valiente, inspira en nosotros fortaleza de ánimo y confianza en Dios, para que sepamos superar los obs-

táculos que encontremos en el cumplimiento de nuestra misión. Enséñanos a tratar las realidades del mundo con un vivo sentido de responsabilidad cristiana y en la gozosa esperanza de la venida del Reino de Dios. Tú, que junto a los apóstoles has estado en oración en el cenáculo esperando la venida del Espíritu de Pentecostés, invoca su renovada efusión sobre todos los fieles laicos, para que correspondan plenamente a su vocación y misión, como sarmientos de la verdadera vid, llamados a dar mucho fruto para la vida del mundo.

Virgen Madre, guíanos y manténnos para que vivamos siempre como auténticos hijos de la Iglesia de tu Hijo y podamos contribuir a establecer sobre la tierra la civilización de la verdad y del amor, según el deseo de Dios y para su gloria. Amén.

CONTEMPLATIO

Hermanos y amigos muy queridos: caed en la cuenta de que Dios, al principio de los tiempos, creó el cielo y la tierra y todo lo que existe. Meditad también por qué y para qué creó al hombre a su imagen y semejanza.

Si en este valle de lágrimas no reconociéramos al Señor como creador, de nada nos serviría haber nacido ni seguir viviendo. Por la gracia de Dios hemos venido a este mundo y también por su gracia hemos recibido el bautismo y hemos entrado a formar parte de la Iglesia. Convertidos así en discípulos del Señor, llevamos un nombre glorioso. Pero ¿de qué nos serviría un nombre tan excelso si no correspondiera a la realidad? Si así fuera, no tendría sentido haber venido a este mundo y formar parte de la Iglesia; peor aún, esto equivaldría a traicionar al Señor y su gracia. Mejor sería no haber nacido que recibir la gracia del Señor y pecar contra él (de la última exhortación de san Andrés Kim).

ACTIO

Recuerda el día de tu bautismo. Busca la fecha o alguna foto, si existe. Después, respóndete a esta pregunta:

¿Qué he hecho yo de mi bautismo?

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«Jesús, nuestro Señor, al bajar a este mundo, soportó innumerables padecimientos; con su pasión fundó la Iglesia y la hace crecer con los sufrimientos de los fieles. Por más que los poderes del mundo la opriman y la ataquen, nunca podrán derrotarla. Después de la ascensión de Jesús, desde el tiempo de los apóstoles hasta hoy, la Iglesia santa va creciendo por todas las partes en medio de tribulaciones.

También ahora, durante cincuenta o sesenta años, desde que la santa Iglesia penetró en nuestra Corea, los fieles han sufrido persecución, y aún hoy mismo la persecución se recrudece, de tal manera que muchos compañeros en la fe —entre ellos yo mismo— están encarcelados, como también vosotros os halláis en plena tribulación. Si todos formamos un solo cuerpo, ¿cómo no sentiremos una profunda tristeza? ¿Cómo dejaremos de experimentar el dolor, tan humano, de la separación?

No obstante, como dice la Escritura, Dios se preocupa del más pequeño cabello de nuestra cabeza y, con su omnisciencia, lo cuida. ¿Cómo, por tanto, esta gran persecución podría ser considerada de otro modo que como una decisión del Señor o como un premio o castigo suyo?

Buscad, pues, la voluntad de Dios y luchad de todo corazón por Jesús, el jefe celestial, y venced al demonio de este mundo, que ha sido ya vencido por Cristo.

No olvidéis el amor fraterno, sino ayudaos mutuamente... Aquí estamos veinte... Si alguno es ejecutado, os ruego que no os olvidéis de su familia...

Está ya cerca el combate definitivo. Os ruego que os mantengáis en la fidelidad, para que, finalmente, nos congratulemos juntos en el cielo. Recibid el beso de mi amor».

(Extracto de la carta de despedida de Andrés Kim.)

San Mateo

21 de septiembre

Es él mismo quien nos cuenta su conversión empleando unos términos extremadamente sencillos (Mt 9,1-9). Por su parte, Lucas se complace en poner de relieve que, en aquella circunstancia, el banquete era signo del amor misericordioso de Jesús a todos los pecadores.

Mateo escribió un evangelio para la comunidad judeocristiana: esto se deduce de la estructura del mismo evangelio, que presenta a Jesús como el nuevo Moisés, como aquel que trae la ley del amor al nuevo pueblo de Dios. A continuación, Mateo pone una particular atención a la Iglesia, convocada, salvada e instituida por Jesús. Sólo él entre los evangelistas sinópticos conoce el término «Iglesia», exactamente en dos lugares: 16,18 y 18,17.

LECTIO

Primera lectura: Efesios 4,1-7.11-13

Hermanos: ¹ Así pues, yo, el prisionero por amor al Señor, os ruego que os comportéis como corresponde a la vocación con que habéis sido llamados. ² Sed humildes, amables y pacientes. Soportaos los unos a los otros con amor. ³ Mostraos solícitos en conservar, mediante el vínculo de la paz, la unidad que es fruto del Espíritu. ⁴ Uno sólo es el cuerpo y uno sólo el Espíritu, como también es una la esperanza que encierra la vocación a la que habéis sido llamados; ⁵ un solo Señor, una

fe, un bautismo; ⁶ un Dios que es Padre de todos, que está sobre todos, actúa en todos y habita en todos. ⁷ A cada uno de nosotros, sin embargo, se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo. ¹¹ Y fue también él quien constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, y a otros pastores y doctores. ¹² Capacita así a los creyentes para la tarea del ministerio y para construir el cuerpo de Cristo, ¹³ hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, hasta que seamos hombres perfectos, hasta que alcancemos en plenitud la talla de Cristo.

► Pablo, al presentarse directamente como prisionero por el nombre del Señor, confiere una particular autoridad a su exhortación a vivir «con dignidad» la vocación cristiana. En virtud de esa vocación, todos los creyentes forman «*un solo cuerpo*» en Cristo Jesús, y eso exige un nuevo modo de vida, más allá del alejamiento de todo sentimiento de animosidad y discordia, para no romper «*la unidad*» llevada a cabo por el Espíritu Santo.

Es, efectivamente, el Espíritu Santo el que acompaña el cuerpo místico de Cristo. Ahora bien, si los miembros se oponen entre ellos, ¿cómo podrá organizarse el cuerpo? La primera ley de vida es, pues, la armonía, la «*paz*», que es el indispensable cemento de la unidad. Se imponen, por consiguiente, motivos teológicos que impongan al cristiano la unidad espiritual con los hermanos: todo en su vida ha de tener un carácter de sociabilidad y una dimensión comunitaria. Es único el cuerpo de la Iglesia, y está animado por un único «*Espíritu*»; única es la «*esperanza*» de la salvación eterna a la que nos llama la fe en Cristo; único es el «*Señor*» Jesús, que ha roto el muro de la división y de la enemistad (cf. 2,14) y ha proporcionado a todos los mismos medios de salvación: la fe y el bautismo. Sin embargo, el motivo fundamental de esta unidad reside en la universal *paternidad de Dios*, que está presente en todo redimido con su acción y con su inhabitación mediante la gracia.

La clara profesión de fe trinitaria, contenida en nuestro pasaje, fundamenta el valor de los «carismas» aquí enumerados. De ellos se describe también el fin hacia el cual deben converger en la economía del cuerpo místico de Cristo: un fin eminentemente social, a saber: la edificación completa de este cuerpo, que se obtendrá cuando todos hayamos alcanzado la «*perfecta unidad*» de fe y de «*conocimiento*» amoroso de Cristo. De este modo, la perfección personal y colectiva expresará la medida en «*que alcancemos en plenitud la talla de Cristo*» (v. 13).

Evangelio: Mateo 9,9-13

En aquel tiempo, ⁹ cuando se marchaba de allí, vio Jesús a un hombre que se llamaba Mateo, sentado en la oficina de impuestos, y le dijo:

–Sígueme.

Él se levantó y lo siguió.

¹⁰ Después, mientras Jesús estaba sentado a la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores vinieron y se sentaron con él y sus discípulos.

¹¹ Al verlo los fariseos, preguntaban a sus discípulos:

–¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y los pecadores?

¹² Lo oyó Jesús y les dijo:

–No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. ¹³ Entended lo que significa: *misericordia quiero y no sacrificios*; yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.

➡ Cafarnaún estaba situada en los confines del territorio de Herodes Antipa con el de su hermano Filipo, sobre la arteria comercial que conducía desde Damasco al Mediterráneo. Esto explica la presencia de numerosos encargados del cobro de las tasas, la odiada clase de los publicanos, en aquella zona.

Toda la atención del texto está centrada en la prontitud de la respuesta de Mateo, presentado como «*Leví, hijo de Alfeo*» en Marcos y Lucas, respecto a la llamada de Jesús, y también en el tipo de gente que asiste al banquete, tal vez de despedida, que Mateo ofrece a sus ex colegas a fin de subrayar la seriedad de su opción. El hecho de ver a muchos publicanos y pecadores comiendo con Jesús y con sus discípulos escandaliza a los fariseos, porque en Oriente comer juntos significaba comunión de vida y de sentimientos. Al conversar con los publicanos y los pecadores, Jesús muestra que está en la línea de la «misericordia» y reprocha a los fariseos su legalismo, que los hace insensibles a las auténticas necesidades del Espíritu, además de incapaces de comprender las auténticas necesidades del prójimo.

MEDITATIO

El problema de las comidas tomadas en común por cristianos de procedencia pagana y los de origen judío fue muy importante en la primera generación cristiana. Mateo, ya evangelista, quiere presentar una enseñanza de Cristo a su Iglesia. El Maestro, tanto de palabra como con el ejemplo, les ofrece una lección: Dios exige de nosotros sobre todo gestos de misericordia, más que actos culturales.

Jesús, al llamar a Mateo y sentarse a la mesa con los pecadores, aparece como aquel que ha realizado la voluntad de Dios. Y toda su misión de llamada misericordiosa a los pecadores a la salvación ha sido el cumplimiento de la Palabra de Dios expresada en las Escrituras.

Frente al Dios discriminador presentado por el culto de los judíos de estricta observancia, el Dios revelado por la palabra y por la acción de Jesús es un Dios de mi-

sericordia, un Dios que acoge a los perdidos y les ofrece una nueva posibilidad de rehacerse; hasta alcanzar, mediante su gracia, la «*perfecta unidad*» interior, que en la primera lectura es «*hasta que alcancemos en plenitud la talla de Cristo*» (v. 13).

ORATIO

Concédenos, oh Padre y Dios de misericordia, reconocer en nuestra historia personal la llamada fundamental de la vida que tu Hijo y Señor nuestro nos dirige con amor.

Concédenos, oh Padre y Dios de bondad, responderte afirmativamente con prontitud y generosidad, incluso a través de las grandes y pequeñas ocasiones de nuestro vivir cotidiano, a fin de que podamos realizar con fidelidad la obra que, de una manera personal y comunitaria, nos has dado para realizar en la Iglesia.

Y que el mundo, frente al testimonio de unidad del cristiano y de la Iglesia, pueda convertirse y creer en tu amor misericordioso, un amor que hemos visto y contemplamos en el rostro y en la acción de Jesucristo en la tierra.

CONTEMPLATIO

Gracias, Señor, por la compasión tan grande que te has dignado dispensar por nuestra redención, y te ruego: haz que podamos ser en verdad partícipes eternamente de esta redención y de la salvación eterna que hay en ti. ¿Quién al oír decir al apóstol: «*Esta palabra es verdadera: Jesucristo ha venido a este mundo para salvar a los pecadores*», no pronunciará al mismo tiempo una alabanza y una oración ni dirá: «A ti, Señor, la alabanza,

a ti la acción de gracias, porque en tu gran misericordia buscas la vida y no la muerte del pecador. Dígnate, Señor, concedernos tu justificación por nuestros pecados y salvarnos con la salvación eterna»?

Cuando oímos, pues, las palabras de Cristo con las que se nos refieren o prometen sus beneficios, debemos abundar, como nos enseña el apóstol, en acciones de gracias a él. Ahora bien, el ánimo de aquel que ama y está repleto de deseo, una vez realizada la acción de gracias, debe añadir la oración para ser hecho digno de sus promesas (Juan el Cartujo).

ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día esta Palabra:

«El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Las palabras *«quiero misericordia, no sacrificios»* (Mt 9,13) marcan un importante paso hacia adelante de la conciencia humana, pero, por desgracia, después de dos mil años, son muy pocos los que se han dado cuenta de esto: el paso de la religión del Padre a la del Hijo. El Padre experimentado como Soberano absoluto, como el Juez inapelable, que premia a los buenos y castiga a los pecadores; la conciencia necesitada de sacrificios expiatorios, de machos cabríos sobre los que depositar los pecados propios y los comunitarios. Por otra parte, la conciencia solar, creadora y portadora de vida. El árbol frutal da con arrebatado sus frutos, y su alegría aumenta con el crecimiento de la abundancia de los frutos; no castiga a los animales y a los hombres que los comen; su tarea es sustentar a las criaturas que tienen necesidad de sus dones. Del mismo modo, el seguidor de la religión del Hijo vive para distribuir la misericordia, no para levantar altares sobre los que inmolar víctimas.

La experiencia cristiana se encuentra en el fatigoso y laborioso camino que va de la religión del Padre, del Rigor y del Juicio irreformable, a la religión del Hijo, que no juzga, no condena, no culpa a ninguna criatura, sino que con mano generosa distribuye amor y misericordia, no apaga el pábilo vacilante, no quiebra la caña cascada. Moisés había declarado que el hombre es la imagen de Dios en la creación; Cristo nos dice que el Hijo y los hijos del hombre están llamados a despojarse del temor y del temblor de los siervos, y a abrirse a la alegría vital de sentirse hijos de Dios (G. Vannucci).

Santos Cosme y Damián

26 de septiembre

La leyenda y la devoción popular de los santos Cosme y Damián sobrepasan con mucho los documentos históricos de sus vidas y milagros. Estos santos están tan lejanos de nosotros en la historia (siglo III) que los ríos que han salido de aquellas fuentes de información han llegado hasta nosotros por cauces de leyenda.

Según una tradición muy antigua, estos santos tienen su tumba en Ciró (Siria). Son presentados como hermanos y gemelos. Se dice también que eran médicos de profesión. Convertidos al cristianismo, dieron testimonio de su fe hasta la muerte, la cual le sobrevino en la persecución de Diocleciano.

Lo que san Pablo cuenta de sí mismo (2 Cor 11,16-33) lo aplican los devotos al martirio de los santos Cosme y Damián: fueron arrojados a la cárcel encadenados, pasaron por agua y por fuego, fueron crucificados, asaeteados y, finalmente, decapitados. Este martirio ocurrió por el año 300. Pronto corrió su fama desde Oriente hasta Occidente.

Son muchos los templos y parroquias en todo el mundo que están dedicados a estos dos santos. Igualmente, también desde muy antiguo los han tomado por patronos protectores los médicos y boticarios.

LECTIO

Primera lectura: Sabiduría 3,1-9

¹ Las almas de los justos están en las manos de Dios y ningún tormento les alcanzará. ² A los ojos de los necios parecía que habían muerto, y su partida fue considerada como una desgracia; ³ su salida de entre nosotros, un desastre; pero ellos están en paz. ⁴ Pues si en opinión de los hombres han sido castigados, su esperanza está rebosante de inmortalidad. ⁵ Por una ligera pena recibirán grandes favores, porque Dios los probó y los encontró dignos de él. ⁶ Los probó como oro en el crisol y los aceptó como un sacrificio de holocausto. ⁷ A la hora de su visita brillarán como chispa que se propaga en los rastrojos. ⁸ Juzgarán las naciones y dominarán sobre los pueblos, y el Señor reinará sobre ellos para siempre. ⁹ Los que confían en él comprenderán la verdad y los fieles permanecerán con él en el amor, pues para sus elegidos hay gracia y misericordia.

➡ El hombre del Antiguo Testamento constata que con frecuencia a los justos no les sonrío la vida, mientras que los impíos disfrutaban de toda clase de placeres. Y se pregunta: ¿dónde está la justicia de Dios? El autor de la Sabiduría responde: no todo termina aquí. Los amigos de Dios pasarán a gozar de una vida con él, mientras que los impíos llegarán a un final trágico, apartados de Dios, la fuente de todo bien. Intenta descubrir lo que lleva a la vida y no a la muerte. Es una reflexión sobre las grandes cuestiones humanas: la vida, la muerte, el amor, el sufrimiento, el mal, la relación con Dios y con los demás, la vida social... Toda esta reflexión está fundida en el crisol de la fe en el Dios único. La única forma de conseguir la sabiduría es tener una relación estrecha y llena de respeto con ese Dios, que es lo que la Biblia llama el temor de Dios. Es necesario ir más allá de lo que se presenta a los ojos de los necios, de los que miran con la mirada miope y superficial del tiempo que acaba.

Hay que superar el tiempo de la prueba, y entonces quedará satisfecha la esperanza del justo, de cada ser humano que haya esperado contra toda esperanza. Los justos recibirán grandes favores, brillarán, juzgarán y dominarán sobre los pueblos. Reinarán con el Señor. Estarán en paz. Estarán en el regazo de Dios.

Evangelio: Mateo 10,28-33

²⁸ No tengáis miedo de los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; temed más bien al que puede perder el alma y el cuerpo en el fuego. ²⁹ ¿No se venden dos pájaros por unos cuartos? Y, sin embargo, ninguno de ellos cae en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre. ³⁰ En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de la cabeza están contados. ³¹ Así que no tengáis miedo; vosotros valéis más que una bandada de pájaros. ³² Al que me confiese delante de los hombres, le confesaré también yo delante de mi Padre celestial; ³³ pero al que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre celestial».

➡ La muerte violenta que sufrieron los santos Cosme y Damián la habían sufrido ya el Maestro y muchos de los primeros discípulos. En los versículos del evangelio que se proclaman hoy, Mateo se dirige a una comunidad misionera que necesitaba ser animada y fortalecida, pues algunos de sus miembros habían sucumbido a la persecución. Para hacer frente a aquella situación compuso una especie de «manual del misionero cristiano». La triple exhortación «no tengáis miedo» (Mt 10,26.28.31) introduce tres motivos de confianza: la fuerza del Evangelio es imparable; cualquier pérdida sólo puede ser parcial; Dios cuidará de ellos. Todo ello debe animar a los discípulos a dar siempre testimonio de Jesús.

Las palabras «no temáis», «no tengáis miedo», aparecen frecuentemente en el Antiguo Testamento para expresar la seguridad de la ayuda de Dios a sus siervos.

Estas palabras de consuelo y valentía se dirigen en el evangelio a los discípulos para que superen las dificultades que acarrea la persecución. Nada debe impedirles la proclamación abierta del mensaje de Jesús. Nadie puede arrebatarnos la vida. La solicitud del Padre llega hasta límites insospechados. Sus seguidores sólo deben tener una confianza inquebrantable en Él y seguir adelante, anunciando el mensaje.

Según el libro de los Hechos de los apóstoles, a los creyentes en Jesucristo se les llamó «discípulos», «cristianos» y «los del camino». El evangelio de hoy propone un nuevo nombre: «los que no tienen miedo». Y es que el miedo entra en cualquier cultura: quienes no tienen nada, sufren la amenaza de la carencia. Quienes tienen en abundancia, sufren la angustia existencial, el frenesí del tener.

«No tengáis miedo». Estas palabras de Jesús nos invitan a la confianza sin límites. La fuente secreta de fuerza la tenemos en la ternura y el amor de Dios. Esa confianza nos convierte, además, en signos para los otros, a pesar de nuestra debilidad. Es un mensaje de confianza que debe llenarnos de alegría y animarnos a continuar siendo mensajeros.

MEDITATIO

El precio de la muerte de todos los santos mártires es la muerte de uno solo. ¿Cuántas muertes no habrá comprado la muerte única de aquel sin cuya muerte no se hubieran multiplicado los granos de trigo? Habéis escuchado sus palabras cuando se acercaba el momento de nuestra redención: *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto.*

En la cruz se realizó un excelso trueque: allí se liquidó toda nuestra deuda, cuando del costado de Cristo,

traspasado por la lanza del soldado, manó la sangre, que fue el precio de todo el mundo. Fueron comprados los fieles y los mártires, pero la fe de los mártires ha sido ya comprada, y su sangre es testimonio de ello. Lo que se les confió lo han devuelto, y han realizado así aquello que afirma Juan: *Cristo dio su vida por nosotros; también nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos.*

Y también, en otro lugar, se afirma: *Has sido invitado a un gran banquete: considera atentamente qué manjares te ofrecen, pues también tú debes preparar lo que a ti te han ofrecido.* Es realmente sublime el banquete donde se sirve, como alimento, el mismo Señor que invita al banquete. Nadie, en efecto, alimenta de sí mismo a los que invita, pero el Señor Jesucristo ha hecho precisamente esto: él, que es quien invita, se da a sí mismo como comida y bebida. Y los mártires, entendiendo bien lo que habían comido y bebido, devolvieron al Señor lo mismo que de él habían recibido.

Pero, ¿cómo podrían devolver tales dones si no fuera por concesión de aquel que fue el primero en concedérselos? *¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación.*

¿De qué copa se trata? Sin duda, de la copa de la pasión, copa amarga y saludable, copa que debe beber primero el médico para quitar las aprensiones del enfermo. Es ésta la copa: la reconoceremos por las palabras de Cristo cuando dice: *Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz.*

De este mismo cáliz afirmaron, pues, los mártires: *Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre.* «¿Tienes miedo de no poder resistir?» «No», dice el mártir. «¿Por qué?» «Porque he invocado el nombre del Señor» ¿Cómo podían haber triunfado los mártires si en ellos no hubiera vencido aquel que afirmó: *Tened valor: yo he vencido al mundo?* El que reina en el cielo regía la mente

y la lengua de sus mártires y, por medio de ellos, en la tierra vencía al diablo y, en el cielo, coronaba a sus mártires. ¡Dichosos los que así bebieron este cáliz! Se acabaron los dolores y han recibido el honor.

(Sermón 329 de san Agustín, en el natalicio de los mártires.)

ORATIO

Reunidos en comunión, veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor; la de su esposo, san José; la de los santos apóstoles y mártires Pedro y Pablo, Andrés, Santiago y Juan, Tomás, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo; Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián y de todos los santos; por cuyos méritos y oraciones concédenos en todo tu protección. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

(Plegaria eucarística I.)

CONTEMPLATIO

«Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo» (Mt 5,11-12). Qué bien cuadran estas palabras de Cristo a los testigos de la fe, insultados, perseguidos y martirizados, pero nunca vencidos por la fuerza del mal.

Allí donde el odio parecía arruinar toda la vida, sin posibilidad de huir de su lógica, los mártires manifestaron que *el amor es más fuerte que la muerte*. Bajo terribles sistemas opresivos que desfiguraban al hombre, en los lugares de dolor, entre durísimas privaciones, a lo

largo de marchas insensatas, expuestos al frío, al hambre, torturados, sufriendo de tantos modos, ellos manifestaron admirablemente su adhesión a Cristo muerto y resucitado.

«*El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna*» (Jn 12,25). En estas palabras de Cristo se habla de una verdad que frecuentemente el mundo contemporáneo rechaza y desprecia, haciendo del amor hacia sí mismo el criterio supremo de la existencia. Pero los testigos de la fe no buscaron su propio interés, su propio bienestar y la propia supervivencia como valores mayores que la fidelidad al Evangelio. Incluso en su debilidad, ellos opusieron una firme resistencia al mal. En su fragilidad resplandeció la fuerza de la fe y de la gracia del Señor.

La preciosa herencia que estos valientes testigos nos han legado es un patrimonio común de todas las Iglesias y de todas las comunidades eclesiales. Es una herencia que habla con una voz más fuerte que la de los factores de división. El ecumenismo de los mártires y de los testigos de la fe es el más convincente: indica el camino de la unidad a los cristianos del siglo XXI. Es la herencia de la cruz vivida a la luz de la Pascua: herencia que enriquece y sostiene a los cristianos mientras se dirigen al nuevo milenio.

Que permanezca viva la memoria de estos hermanos y hermanas nuestros a lo largo del siglo y del milenio recién comenzado. Más aún, que crezca. Que se transmita de generación en generación para que de ella brote una profunda renovación cristiana. Que se custodie como un tesoro de gran valor para los cristianos del nuevo milenio y sea la levadura para alcanzar la plena comunión de todos los discípulos de Cristo.

Elevo mi oración al Señor para que la inmensa muchedumbre de testigos que nos rodea nos ayude a todos

nosotros, creyentes, a expresar con el mismo valor nuestro amor por Cristo, por él, que está vivo siempre en su Iglesia: como ayer, así hoy, mañana y siempre.

(De la homilía de Juan Pablo II el tercer domingo de pascua del año 2000.)

ACTIO

Repite con frecuencia en la jornada de hoy la frase del evangelio:

«Cristo dio su vida por nosotros; también nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

De la carta de san Pablo a los Romanos 8, 18-39:

Estimo que los padecimientos del tiempo presente no se pueden comparar con la gloria que ha de manifestarse en nosotros. Porque la creación está aguardando en anhelante espera la manifestación de los hijos de Dios, ya que la creación fue sometida al fracaso no por su propia voluntad, sino por el que la sometió, con la esperanza de que la creación será librada de la esclavitud de la destrucción para ser admitida a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Sabemos que toda la creación gime y está en dolores de parto hasta el momento presente. No sólo ella, sino también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo. Porque en la esperanza fuimos salvados; pero la esperanza que se ve no es esperanza, porque lo que uno ve ¿cómo puede esperarlo? Si esperamos lo que no vemos, debemos esperarlo con paciencia. Igualmente, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque no sabemos lo que nos conviene, pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inenarrables. Y el que penetra los corazones conoce los pensamientos del Espíritu y sabe que lo que pide para los creyentes es lo que Dios quiere. Y sa-

bemos que Dios ordena todas las cosas para bien de los que le aman, de los que han sido elegidos según su designio. Porque a aquellos que de antemano conoció también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó los llamó; y a los que llamó, los justificó; y a los que justificó, los hizo partícipes de su gloria. ¿Qué más podremos decir? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará gratuitamente con él todas las cosas? ¿Quién podrá acusar a los hijos de Dios? Dios es el que absuelve. ¿Quién será el que condene? Cristo Jesús, el que murió; mejor dicho, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios y el que intercede por nosotros. ¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Dice la Escritura: Por tu causa estamos expuestos a la muerte todo el día, somos como ovejas destinadas al matadero. Pero en todas estas cosas salimos triunfadores por medio de aquel que nos amó. Porque estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni otras fuerzas sobrenaturales, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes de cualquier clase, ni lo de arriba ni lo de abajo, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.

San Vicente de Paúl

27 de septiembre

Vicente de Paúl nació en Pouy, en las Landas (sudoeste de Francia), el año 1581, en el seno de una familia modesta, que le orientó al estado eclesiástico. Tras ser ordenado sacerdote en 1600, estuvo buscándose a sí mismo durante un decenio. El fracaso de los diferentes progresos de vida le hizo redescubrir el sacerdocio como servicio a los pobres y como compromiso de vida. Reunió grupos de laicos comprometidos con los pobres (la Caridad, hoy Voluntariado vicenciano: 1617), y sacerdotes y hermanos para la evangelización de los pobres (Congregación de la Misión: 1625). En una época que marginaba a la mujer, fundó la congregación de las Hijas de la Caridad (1633), con lo que permitió a muchachas de toda condición asumir un compromiso de dedicación a los últimos. Influyó en las opciones estratégicas del Estado francés y, sobre todo, con ocasión de graves calamidades (guerras y devastaciones), fue el organizador y el animador de la caridad para la sociedad de su tiempo. Murió en París el 27 de septiembre de 1660.

LECTIO

Primera lectura: 1 Corintios 1,26-31

Hermanos: ²⁶ considerad quiénes habéis sido llamados, pues no hay entre vosotros muchos sabios según los criterios

del mundo, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. ²⁷ Al contrario, Dios ha escogido lo que el mundo considera necio, para confundir a los sabios; ha elegido lo que el mundo considera débil, para confundir a los fuertes; ²⁸ ha escogido lo vil, lo despreciable, lo que no es nada a los ojos del mundo, para anular a quienes creen que son algo. ²⁹ De este modo, nadie puede presumir delante de Dios. ³⁰ A él debéis vuestra existencia cristiana, ya que Cristo se ha hecho para nosotros sabiduría divina, salvación, santificación y redención. ³¹ De esta manera, como está escrito, *el que quiera presumir, que lo haga en el Señor.*

➔ Dos son los puntos focales de este pasaje: llamada y pequeñez. Dios llama, según su designio de amor, a la fe y a la salvación. Seguirle es participar en esta salvación. Pero ¿quién responde? No los «grandes» de este mundo, o sea, los sabios, los poderosos, los nobles. Dios se confía a una predicación que es acogida por esclavos, gente burda, meretrices y descargadores del puerto de Corinto, es decir, por los «pequeños», mientras que es rechazada por los sofistas arrogantes y por los fariseos. Los «intelectuales de este mundo» son aquellos que razonan según la lógica intramundana, que rechazan la lógica de la cruz, buscan el poder y se glorían de sus obras. El compromiso del cristiano es elegir con quién está: con los humildes, y por consiguiente con Cristo, o con los grandes de este mundo.

Evangelio: Mateo 25,31-46

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ³¹ Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria con todos sus ángeles, se sentará en su trono de gloria. ³² Todas las naciones se reunirán delante de él, y él separará unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, ³³ y pondrá las ovejas a un lado y los cabritos al otro. ³⁴ Entonces el rey dirá a los de un lado: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. ³⁵ Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me alojasteis; ³⁶ estaba desnudo, y

me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis a verme». ³⁷ Entonces le responderán los justos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos; sediento y te dimos de beber? ³⁸ ¿Cuándo te vimos forastero y te alojamos, o desnudo y te vestimos? ³⁹ ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?». ⁴⁰ Y el rey les responderá: «Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis». ⁴¹ Después dirá a los del otro lado: «Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. ⁴² Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; ⁴³ fui forastero, y no me alojasteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis». ⁴⁴ Entonces responderán también éstos diciendo: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, forastero o desnudo, enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?». ⁴⁵ Y él les responderá: «Os aseguro que cuando dejasteis de hacerlo con uno de estos pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo». ⁴⁶ E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.

➔ El fragmento nos presenta la venida del Hijo del hombre en su gloria y la «separación» de la gente. Se encuentra, con toda probabilidad, frente a toda la humanidad. El Pastor lleva a cabo el discernimiento y coloca en lugares diferentes a las ovejas y a los cabritos. El motivo de este juicio es el comportamiento que han tenido con los «pequeños», y la sentencia suscitará estupor en todos, dado que nadie tendrá conciencia de haber acogido o rechazado al Señor en los oprimidos y en los pobres. Toda asamblea litúrgica es un juicio, un juicio que nos separa del mundo y nos pone frente a las necesidades del mismo. Si todo creyente se hace pan-partido-y-entregado, entonces es capaz de ver al Señor y será salvado por él.

MEDITATIO

San Vicente de Paúl fue durante diez años un sacerdote que se buscaba a sí mismo y que buscaba una sis-

tematización que le conviniera. Los pobres habían estado siempre ante sus ojos, pero nunca se había fijado en ellos. Distribuía limosnas, sobre todo durante el tiempo que estuvo junto a la reina Margot, entre 1608 y 1610, pero no practicaba la caridad. Más tarde, una serie de arduos acontecimientos le cambiaron por dentro. Le dio la vuelta a la pirámide de sus prioridades. Cuando se dio cuenta del hambre doble de las masas –a saber: el hambre de la Palabra y el hambre de Pan– se sintió comprometido personalmente. Comprendió que debía dejar de buscarse y buscar. Mas eso sin ningún frenesí activista. No fue nunca un protagonista de la caridad. No hacía, sino que hacía hacer. Indicó a la Iglesia de su tiempo cómo hacerse Iglesia de los pobres. Repetía: «No me basta con amar yo a Dios si mi prójimo no le ama». En un momento en el que triunfaba el misticismo, invitó a amar a Dios, pero «a expensas de nuestros brazos y con el sudor de nuestra frente». No quería que los suyos se sintieran privilegiados: «Nosotros vivimos del patrimonio de Jesucristo, del sudor de la pobre gente». Y ofreció un criterio ineludible para el servicio: «Los pobres son nuestros amos y señores... En el paraíso son grande señores y les corresponde a ellos abrirnos la puerta a nosotros». Por eso «no podemos garantizar nos mejor la felicidad eterna que viviendo y muriendo en el servicio a los pobres, en brazos de la Providencia».

ORATIO

Apresúrate, María,
Entre los olivos de plata
acariciados por una brisa.
En tu correr
se hacen misioneros
todos los pobres,
se levantan los cojos,

gritan los mudos,
y los ciegos despiertan
el arpa y la cítara.
Alegraos,
misioneras de la portería
y de la enfermería;
ella lleva vuestra voz
y vuestro deseo secreto.
Ella se hace voz por vosotras,
mujeres de cincuenta años,
llamada a estar con los locos.
Ella corre por los sin nombre,
los cualquiera,
las viudas grises y un poco tristes
condenadas a la pensión.
No te guía un fuego y una nube
porque tú eres antorcha
que ilumina las fortalezas negras
como tus ojos.
Eres la nube blanca
que indica el puerto a los desterrados,
perdidos y confusos.
Mujer de ayer y de mañana,
haz que la Iglesia renazca,
mujer encorvada,
ya sin voz.
Nuestras lámparas se apagan;
vierte tú el aceite
que no hemos podido comprar
a tiempo.
Vuelve a dar canto
y pureza
a nuestros jóvenes.
Queremos vivir el Evangelio,
ser también nosotros
Palabra de Dios.
Apresúrate contra el tiempo,

llega antes de la noche,
para que en nuestras iglesias
reine la alegría
y la alegría se vista
de cantos de púrpura.
¿No ves cómo también el cielo
se ha enamorado de ti
y la tierra abre un camino llano?
El desierto grita de exultación
y con tus exiliados pasos
se siente recompensado
de la soledad desesperada.
Mujer soñada antes del tiempo,
mujer sin edad,
inmaculada y reina,
hasta las estrellas brillan de alegría
y te sirven de diadema y de festivo cortejo.
No has tenido amoríos,
esbelta niña
de piel ambarina,
sino mujeres de arrugas y de pensamiento,
que han respirado
olores de viejos
y han subido las escalas
de tétricas soledades.
La naturaleza se queda sin palabras,
porque jamás de los jamases
habría imaginado
mujeres así.
(Luigi Mezzadri.)

CONTEMPLATIO

Algunos dichos del san Vicente de Paúl:

«La perfección no consiste en los éxtasis, sino en cumplir bien la voluntad de Dios».

«Ocupémonos de los asuntos de Dios y él se ocupará de los nuestros».

«La Providencia de Dios no nos faltará nunca mientras nosotros no faltemos a su servicio».

«No hay mejor manera de garantizarnos la felicidad eterna que viviendo y muriendo al servicio de los pobres, en brazos de la Providencia».

«Toda nuestra vida no es más que un instante, que huye y se disipa pronto. Los setenta y seis años de vida que he pasado no me parecen ahora más que un sueño y un instante. Y ya no me queda nada, excepto el pesar de este momento».

ACTIO

Repita a menudo y medita durante el día estas palabras de san Vicente de Paúl:

«Sin decir una palabra, si estáis llenos de Dios, tocaréis los corazones con vuestra sola presencia».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Decir san Vicente de Paúl es decir caridad. Los pobres son al santo como el santo a los pobres. No olvidemos que, en el momento en que Vicente se asomó a la vida, la Iglesia de Francia salía de una de las páginas más oscuras de su historia: las guerras de religión. Se combatía en nombre de Dios. En aquellos momentos, la Iglesia católica sufría una continua hemorragia. Fueron muchos los que se marcharon de ella. Cuando acabó el combate físico quedaron las ruinas. Había que reconstruir las iglesias, pero había que rehacer la Iglesia. Un grupo de sacerdotes se comprometió en la tarea: Bérulle, Duval, Bourgoing, Condren y Vicente. No pidieron la intervención del Estado. Estos sacerdotes, antes de cambiar el mundo, se cambiaron a sí mismos.

Decía el santo en uno de sus textos: «Está escrito que busquemos el Reino de Dios. No es más que una frase, pero me parece que encierra muchas cosas. Nos enseña a aspirar siempre a eso que se nos recomienda, a fatigarnos de continuo por el Reino de Dios y a no permanecer en un estado de inercia e indolencia, a reflexionar en nuestra propia vida íntima a fin de regularla bien y no en las cosas externas para encontrar placer en ellas. Buscar significa preocuparse, significa acción. Buscad a Dios en vosotros, porque san Agustín confiesa que mientras lo buscó fuera de él no lo encontró; buscadlo en vuestra alma, la morada que le es agradable: éste es el lugar donde sus siervos que procuran poner en práctica todas las virtudes, las establecen. Es necesaria la vida interior, y en ella deben converger todos nuestros esfuerzos: si faltamos en esto, faltamos a todo, y los que ya han faltado deben humillarse, implorar la misericordia de Dios y enmendarse. Si hay algún hombre en el mundo que tiene necesidad de ello, es este miserable que os habla: yo caigo, recaigo, salgo a menudo fuera de mí y entro en mí rara vez; acumulo culpas sobre culpas; ésta es la miserable vida que llevo y el mal ejemplo que doy».

Santos arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael

29 de septiembre

El 29 de septiembre se celebraba en Roma, en el siglo V, el aniversario de la Dedicación de una iglesia en honor al arcángel san Miguel. La iglesia estaba situada en la calle Salaria. A esa fecha se pensó añadir el recuerdo de los otros arcángeles y de «todas las potencias incorpóreas» recordadas en días diferentes.

Miguel, nombre que en hebreo significa «¿quién como Dios?», es el arcángel defensor contra Satanás y sus satélites (Ap 12,7), el protector de los amigos de Dios (Dn 10,13.21), el que vigila sobre el pueblo (Dn 12,1).

De Gabriel –«fuerza de Dios», al pie de la letra– dice la Escritura que está «en la presencia de Dios» (Lc 1,19). Es el ángel enviado a llevar los anuncios alegres: el nacimiento del Bautista (Lc 1,11-20) y el de Jesús (Lc 1,26-38); por otra parte, en el Antiguo Testamento, había revelado ya a Daniel los secretos del plan de Dios respecto a la historia (Dn 8,16; 9,21ss).

Rafael –que significa «Dios ha curado»– figura también entre los siete ángeles que están ante el trono de Dios (Tob 12,15; cf. Ap 8,2). Tiene una función de asistencia; acompañó a Tobías en su viaje y curó a su padre de la ceguera.

LECTIO

Primera lectura: Daniel 7,9-10.13ss

⁹ Mientras yo continuaba observando, alguien colocó unos tronos y un anciano se sentó. Sus vestiduras eran blancas como la nieve y sus cabellos como lana pura; su trono eran llamas; sus ruedas, un fuego ardiente; ¹⁰ fluía un río de fuego que salía de delante de él; miles de millares lo servían y miriadas de miríadas estaban de pie ante él. El tribunal se sentó y se abrieron los libros.

¹³ Seguía yo contemplando estas visiones nocturnas y vi venir sobre las nubes alguien semejante a un hijo de hombre; se dirigió hacia el anciano y fue conducido por él. ¹⁴ Se le dio poder, gloria y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le servían. Su poder es eterno y nunca pasará, y su Reino jamás será destruido.

➔ A Daniel se le concede la visión de acontecimientos futuros (vv. 1-8) y, de un modo más profundo, se le hace partícipe del juicio de Dios sobre ellos y sobre toda la historia (vv. 9ss). Más allá de las apariencias, los poderosos de este mundo no son nada; el Señor es el verdadero y único Rey (v. 9c). Una corte inmensa de ángeles le sirve y le asiste en la realización de su designio. La contemplación del profeta se vuelve después todavía más penetrante: se le concede vislumbrar cuál es ese designio. Ve, en efecto, aparecer un «hijo de hombre» de origen divino (viene, de hecho, sobre las nubes), a quien Dios confía la soberanía universal, un poder eterno y su mismo Reino, que las fuerzas del mal nunca podrán destruir (v. 14). El «*Hijo de hombre*» es, por consiguiente, el centro y el fin del proyecto de Dios sobre la historia, pero su cumplimiento –anticipado ahora en la profecía– tendrá lugar en el tiempo establecido y los ángeles colaborarán en ello.

Evangelio: Juan 1,47-51

En aquel tiempo, ⁴⁷ Jesús vio a Natanael, que venía hacia él, y comentó:

–Éste es un verdadero israelita, en quien no hay doblez alguna.

⁴⁸ Natanael le preguntó:

–¿De qué me conoces?

Jesús respondió:

–Antes de que Felipe te llamara, te vi yo, cuando estabas debajo de la higuera.

⁴⁹ Entonces Natanael exclamó:

–Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.

⁵⁰ Jesús prosiguió:

–¿Te basta para creer el haberte dicho que te vi debajo de la higuera? ¡Verás cosas mucho más grandes que ésa!

⁵¹ Y añadió Jesús:

–Os aseguro que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre.

➡ Se trata de una visión de la realidad que va más allá de la percepción inmediata; esta perícopa la revela. «*Ven y verás*», había sido la invitación de Felipe a Natanael. Y Jesús, al ver a Natanael que venía a su encuentro, exclama: «*Ve [así al pie de la letra] un israelita...*». Su ver es un «conocer», que llega al mismo tiempo al corazón y a los acontecimientos que vive el hombre (v. 48). De este sentirse vistos/conocidos en todos los aspectos de la propia vida nace la apertura a la fe y la disponibilidad al seguimiento (v. 49). Entonces es cuando Jesús puede prometer al discípulo la entrada en una visión de la realidad semejante a la que tiene él mismo: «*¡Verás cosas mucho más grandes que ésa! [...] veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre*» (vv. 50ss), es decir, que el discípulo comprenderá la inmensa profundidad del misterio de

Cristo, que abarca el cosmos y da sentido a la historia, y en cuyo servicio cooperan miríadas de ángeles.

El mundo trascendente de Dios –el cielo– está ahora abierto: en Jesús, Hijo del hombre, Dios desciende entre los hombres, y los hombres pueden subir en él a Dios. Y los ángeles son ministros de este maravilloso intercambio, de esta inesperada comunión.

MEDITATIO

Formamos parte de un designio de contornos ilimitados, cuyo artífice es Dios. Inmersos en un cosmos animado por presencias invisibles que participan con nosotros en el proyecto de Dios, somos constructores de una historia que tiene en Cristo su centro y su término. El camino prosigue en la lucha, en un conflicto implacable con las fuerzas del mal, las cuales, sin embargo, no podrán destruir nunca el Reino que Dios ha confiado al Hijo del hombre. El combate durará hasta el final de los tiempos, llevado adelante en primera línea por los santos ángeles de Dios: los arcángeles, guiados por Miguel, y todas las criaturas espirituales fieles al Señor.

Esta realidad que nuestros ojos no pueden ver nos ha sido revelada a fin de que, con la fe, la esperanza y la caridad abundante en la vida diaria, combatamos el buen combate y apresuremos así la consumación del Reino de Dios. Si ofrecemos humildemente nuestra contribución, se nos concederá una límpida mirada interior: contemplaremos entonces la Misericordia que ha abierto los cielos y ha venido a morar entre nosotros para abrirnos el acceso al Padre, a fin de que con los ángeles podamos subir hasta su intimidad. Él ha desvelado para nosotros el misterio del hombre, para que con los ángeles aprendamos a descender junto a cada hermano. Nos ha introducido en su Reino a fin de que,

convertidos en voz de toda criatura, cantemos eternamente con el coro angélico la gloria de Dios.

ORATIO

Con un ánimo repleto de esperanza y de confianza, de gratitud y de alegría, corremos a ti, oh Padre, para darte gracias... El camino del hombre a lo largo de los senderos del tiempo es un viaje arriesgado, pero tú has puesto a nuestro lado compañeros atentos que nos sirven con intelecto de amor. Te damos gracias por el arcángel Miguel, que nos ayuda a combatir el buen combate de la fe. Te damos gracias por el arcángel Gabriel, que viene a nosotros envuelto de misterio y deposita en nuestro corazón tu Palabra, para que ésta se vuelva en nosotros, como en María, obediencia y vida. Te damos gracias por el arcángel Rafael, que, en la hora de nuestros miedos y enfermedades, nos coge de la mano y nos conduce por el recto camino para que no nos desviemos del camino de la salvación.

Te damos gracias, oh Padre, que de mil modos te haces presente a nosotros, nos guardas como a la niña de tus ojos, nos proteges a la sombra de tus alas, nos haces gustar ya desde ahora la dulzura de la íntima comunión contigo.

CONTEMPLATIO

No debemos creer que se confíe un determinado encargo a un ángel por casualidad: por ejemplo, a Rafael el encargo de curar y medicar; a Gabriel, el de apoyar en el combate contra las pasiones; a Miguel, el de ocuparse de las oraciones y de las súplicas de los mortales. Cada uno de ellos ha recibido estas tareas por los méritos, las

inclinaciones, y las capacidades de las que dio pruebas antes de la creación de este mundo. Entonces se asignó a cada uno este o aquel ministerio; otros merecieron ser asignados al orden de los ángeles y actuar bajo este o aquel arcángel, este o aquel guía de su orden. Todo esto fue ordenado por el apropiado y justo juicio de Dios y dispuesto por aquel que ha juzgado y analizado los méritos de cada uno: así, a uno le ha sido confiada la Iglesia de los efesios, y a otro, la de los esmirnitas (*cf.* Ap 2,1.8); éste es el ángel de Pedro, aquél el de Pablo (*cf.* Hch 12,7; 27,23). A cada uno de los más pequeños de la Iglesia se le ha asignado este o aquel ángel, que contempla cada día el rostro de Dios (*cf.* Mt 18,10), y se señala al ángel que se disponga en torno a los que temen a Dios.

No debemos pensar que todo esto sucede así de manera accidental o por casualidad, ni siquiera porque hayan sido creados tales por naturaleza, para evitar que también a este respecto se acuse al Creador de parcialidad. Creamos, más bien, que todo fue asignado por Dios, absolutamente justo y rector imparcial del universo, según los méritos, las capacidades, la energía y el ingenio de cada uno (Orígenes, *I principi*, 1, 8, 1, Turín [existe edición catalana en Alpha, Barcelona 1998]).

ACTIO

Repita el nombre del arcángel Miguel, que significa: «¿Quién como Dios?».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Según los Padres, los ángeles personifican las potencias celestes y han sido puestos por Dios junto a los pueblos como guías. Los ángeles toman una parte muy activa en la existencia

histórica del mundo: llevan a cabo, bajo la guía del arcángel Miguel, una batalla contra los demonios, potencias de la nada y remedos de los ángeles, y salvaguardan el orden cósmico. Según san Basilio, los ángeles del Juicio «pesan» las almas. Ellos, que asisten a toda acción divina, están presentes de un modo particular en el martirio. La escala de Jacob los muestra como mensajeros de Dios. Están como «adheridos» a la Palabra y a la voluntad de Dios y las personifican. Cuando Dios decide curar, su voluntad toma la figura del ángel Rafael.

Cada vez que un ángel aparece es para transmitir y realizar algo de parte de Dios. Los ángeles muestran el «cielo», puesto que existen y actúan en un sentido que va de Dios hacia los hombres. Aunque mantiene su poder de revelación directa, Dios se revela la mayoría de las veces por medio de los ángeles, que son como los portadores de sus energías, de su luz y de su revelación. Hasta el punto de que los tres ángeles que se aparecieron a Abrahán en el encinar de Mambré son considerados, sobre todo en la tradición iconográfica, como las figuras de las tres Personas divinas, el icono de la Trinidad. El ángel es un lugar teofánico, manifestación viviente de Dios: el nombre de Dios está en él y con el nombre su presencia (P. Evdokimov, *La santità nella tradizione della Chiesa ortodossa*, Fossano 1977, pp. 126ss).

San Jerónimo

30 de septiembre

Nacido en Estridón el año 340, recibió una excelente instrucción en Roma, que completó con una serie de viajes por Oriente y Occidente, entablando amistad con los más famosos y cultos Padres orientales. Era un hombre tenaz, fuerte, austero y de gran erudición. Fue secretario del papa Dámaso, que le encargó una traducción de los textos originales de la Biblia al latín. Se marchó a Belén, donde llevó a cabo experiencias de vida monástica, de penitencia y de estudio. Se dedicó especialmente a la traducción y al comentario de los libros de la Sagrada Escritura. Le debemos numerosos comentarios y tratados exegéticos; su producción literaria y su competencia bíblica le sitúan entre los mayores doctores de la Iglesia latina, y es también el patrón de los biblistas. Además de los susodichos libros, dejó muchos tratados polémicos, una colección de *Cartas* muy interesantes, así como la traducción de las obras de Orígenes. Tras una vida dispensada en el amor a Cristo y a la Iglesia, murió en Belén en el año 420.

LECTIO

Primera lectura: 2 Timoteo 3,14-17

Querido: ¹⁴ Tú, por tu parte, permanece fiel a lo que aprendiste y aceptaste, sabiendo de quién lo has aprendido ¹⁵ y que desde la infancia conoces las Sagradas Escrituras, que te

guiarán a la salvación por medio de la fe en Jesucristo.¹⁶ Toda Escritura ha sido inspirada por Dios, y es útil para enseñar, para persuadir, para reprender, para educar en la rectitud,¹⁷ a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para hacer el bien.

➔ Pablo presenta a su discípulo Timoteo algunas normas de vida; entre éstas, la custodia y la transmisión del *depósito*, o sea, de la tradición recibida de los apóstoles, que debe ser conservada intacta, sin ceder a componendas ni a contaminaciones, y ser entregada así, transparente, mediante la predicación del Evangelio, a la futura generación. El fundamento de esta tradición apostólica es la Sagrada Escritura, arma eficaz para combatir los errores de los falsos doctores. Ésta, en efecto, ha sido inspirada por Dios, y es apta para enseñar y convencer a los débiles y para formar en la justicia a todo creyente (vv. 15ss). El Evangelio de Jesús, no obstante, como alegre anuncio de la salvación, será siempre «*signo de contradicción*» (Lc 2,34) entre los hombres y, en el interior de la comunidad cristiana, elemento de juicio para algunos y de discernimiento para otros.

La enseñanza del apóstol a su discípulo Timoteo, por tanto, está clara: «*Permanece fiel a lo que aprendiste y aceptaste*» (v. 14), a fin de vivir según Dios y de salvarte a ti mismo y a los otros. En consecuencia, el anuncio del Señor, realizado con valor y franqueza sobre el fundamento de la Palabra de Dios, no debe cansar nunca al discípulo y, vivido con fe obediente, debe producir la experiencia de Dios que conduce a la salvación a todo el que busca la verdadera vida y la paz.

Evangelio: Mateo 13,47-52

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:⁴⁷ También sucede con el Reino de los Cielos lo que con una red que echan

al mar y recoge toda clase de peces; ⁴⁸ una vez llena, los pescadores la sacan a la playa, se sientan, seleccionan los buenos en cestos y tiran los malos.

⁴⁹ Así será el fin del mundo. Saldrán los ángeles a separar a los malos de los buenos, ⁵⁰ y los echarán al horno de fuego; allí llorarán y les rechinarán los dientes.

⁵¹ Jesús preguntó a sus discípulos:

–¿Habéis entendido todo esto?

Ellos le contestaron:

–Sí.

⁵² Y Jesús les dijo:

–Todo maestro de la Ley que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es como un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.

➔ Mateo refiere la parábola de la red echada al mar que recoge toda clase de peces, buenos y malos, como en la palabra de la buena semilla y la cizaña. Sin embargo, la reflexión del evangelista en el texto pone el acento sobre la situación que se creará al fin del mundo. El Reino de Dios deberá ser cribado en todos sus componentes, se sacará la red a la orilla y será examinado el contenido de la pesca. Entonces los malvados recibirán el justo castigo y será eliminado el mal; a saber: todos los hombres pecadores, mientras tengan tiempo, deben reflexionar sobre esta realidad futura y obrar en consecuencia para proceder a una adecuada conversión de vida.

La enseñanza de Jesús es clara: «*Todo maestro de la Ley que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es como un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas*» (v. 52); esto es, el nuevo discípulo del Reino de Dios debe atesorar los bienes recibidos. En consecuencia, es discípulo de Jesús el que ha escuchado la Palabra y comprende los misterios del Reino. Éste es como la tierra buena que recibe la simiente y la hace fructificar tras haber recibido el don de la palabra del

Padre. Posee, en efecto, no sólo la revelación de las Escrituras correspondientes a la primera alianza, sino también el conocimiento del misterio del Reino y la vida misma del Reino, que es la palabra del Evangelio. Debe servirse de todo este inmenso tesoro tanto para ser personalmente un testigo creíble de la voluntad salvífica de Dios como para llevar a los otros al conocimiento de la verdad plena y hacerla vivir en la fe obediente.

MEDITATIO

El evangelio de Mateo nos introduce en el misterio del Reino de Dios, presente y activo en la persona de Jesús. El discípulo del Reino, que ha descubierto el tesoro escondido en el campo o la perla preciosa, no puede permanecer inactivo. En efecto, debe llevar a cabo una opción en su vida, como el pescador laborioso que, cuando lleva la red a la orilla, separa los peces buenos de los malos. Y su alegría será tanto más grande cuanto mayor abundancia de peces buenos encuentre en la red, de suerte que pueda repartir también entre sus familiares y amigos.

La necesidad del trabajo apostólico está determinada también por la misma naturaleza del Reino. Jesús lo afirma con toda claridad: *«Todo maestro de la Ley que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es como un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas»* (v. 52). Estas palabras del Maestro significan esto para nosotros: todo hombre puede ser comparado con el señor de una casa que, viviendo en medio del bienestar de su casa, saber abrir su despensa llena de novedades y provisiones para hacer participar a sus huéspedes y amigos de su felicidad. La novedad que posee es el Evangelio, y ese conocimiento de vida lo da con alegría a los suyos. Dicho con otras palabras, el

discípulo del Reino, para llegar a la fe adulta y adherirse a Jesús, debe dar un salto cualitativo, debe dejarse engendrar de «nuevo», «de lo alto», a través de un nuevo nacimiento, y comunicar este nuevo nacimiento a los otros.

El hombre que quiera experimentar una vida nueva y poseer el Reino debe liberarse de la realidad pasada, hacer espacio con generosidad al misterio del Reino y hacer la experiencia de la persona de Jesús, adhiriéndose con fe a su revelación. En efecto, Jesús ha inaugurado con su venida los tiempos definitivos. Y ha sonado la hora histórica también para cada uno de nosotros. A ésta se accede sólo a través de un «renacimiento», o sea, adhiriéndonos a la revelación de Cristo, que hemos de vivir y dar a los hermanos.

ORATIO

¡Padre santo! Te damos gracias por tu santo nombre, que nos has hecho habitar en nuestros corazones, y por el conocimiento, la fe y la inmortalidad que nos has revelado por Jesucristo, tu servidor. A ti sea la gloria por los siglos de los siglos. ¡Dueño Todopoderoso!, que a causa de tu nombre has creado todo cuanto existe y que dejas gozar a los hombres del alimento y la bebida, para que te den gracias por ello.

A nosotros, por medio de tu servidor, nos has hecho la gracia de un alimento y de una bebida espirituales y de la vida eterna. Ante todo, te damos gracias por tu poder. A ti sea la gloria por los siglos de los siglos. ¡Señor!, acuérdate de tu iglesia, para librarla de todo mal y para completarla en tu amor. ¡Reúnela de los cuatro vientos del cielo, porque ha sido santificada para el Reino que le has preparado, porque a ti sólo pertenece el poder y la gloria por los siglos de los siglos! (*Didaché*).

CONTEMPLATIO

Lee con mucha frecuencia las divinas Escrituras; más aún, que tus manos no dejen nunca el texto sagrado. Asimila lo que debes enseñar y mantente unido a la palabra de la fe, que es conforme a la enseñanza, a fin de que puedas exhortar basándote en una doctrina sana y puedas refutar victoriosamente a los adversarios.

«Permanece fiel a lo que aprendiste y aceptaste, sabiendo de quién lo has aprendido», dispuesto siempre a dar satisfacción a todo el que te pida explicaciones respecto a la esperanza que hay en ti.

Que tus acciones no desmientan a tus palabras, a fin de que no suceda que, cuando prediques en la iglesia, comente alguien en su interior: «¿Por qué, entonces, tu no actúas así?». ¡Hombre, muy bonito!, un maestro disertando sobre el ayuno con la barriga llena; hasta un ladrón puede censurar la avaricia; pero en el sacerdote de Cristo la mente y la palabra deben estar de acuerdo [...].

Cuando hables en la Iglesia, no suscites aclamaciones populares, sino gemidos; las lágrimas de los que te escuchan son tu mejor elogio; el discurso del sacerdote debe tomar su sabor de la lectura de la Biblia. No quiero que seas alguien que declama, que grita y que charla sin decir nada, sino un experto en teología y muy instruido en los misterios de tu Dios.

Es propio de ignorantes hacerse admirar por la gente mal preparada, recurriendo a artificios lingüísticos y a una rápida pronunciación. Sólo una persona con la cara tan dura como el bronce se pone a explicar a menudo lo que no sabe y, tras haber persuadido a los otros, pretende incluso ser un pozo de ciencia (Jerónimo, *Epístola 52, ad Nepotianum presbyterum*, 7ss).

ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día estas palabras del san Jerónimo:

«*Ignorar las Escrituras significa ignorar a Cristo*» (Jerónimo, *Comentario al libro de Isaías*, prólogo).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El cristiano es el hombre que ya no busca su salvación, su libertad y su justicia en sí mismo, sino únicamente en Jesucristo. Sabe que la Palabra de Dios en Jesucristo lo declara culpable aunque él no tenga conciencia de su culpabilidad, y que esta misma palabra lo absuelve y justifica aun cuando no tenga conciencia de su propia justicia. El cristiano ya no vive por sí mismo, de su autoacusación y su autojustificación, sino de la acusación y justificación que provienen de Dios. Vive totalmente sometido a la palabra que Dios pronuncia sobre él declarándole culpable o justo. El sentido de su vida y de su muerte ya no lo busca en el propio corazón, sino en la palabra que le llega desde fuera, de parte de Dios.

Éste es el sentido de aquella afirmación de los reformadores: nuestra justicia es una «justicia extranjera» que viene de fuera (*extra nos*). Con esto nos remiten a la palabra que Dios mismo nos dirige, y que nos interpela desde fuera. El cristiano vive íntegramente de la verdad de la Palabra de Dios en Jesucristo. Cuando se le pregunta: ¿dónde está tu salvación, tu bienaventuranza, tu justicia?, nunca podrá señalarse a sí mismo, sino que señalará a la Palabra de Dios en Jesucristo. Esta Palabra le obliga a volverse continuamente hacia el exterior, de donde únicamente puede venirle esa gracia justificante que espera cada día como comida y bebida. En sí mismo no encuentra sino pobreza y muerte, y si hay socorro para él, sólo podrá venirle de fuera. Pues bien, ésta es la Buena Noticia: el socorro ha venido y se nos ofrece cada día en la Palabra de Dios, que, en Jesucristo, nos trae liberación, justicia, inocencia y felicidad.

Esta palabra ha sido puesta por Dios en boca de los hombres para que sea comunicada a los hombres y transmitida entre

ellos. Quien es alcanzado por ella no puede por menos de transmitirla a otros. Dios ha querido que busquemos y hallemos su Palabra en el testimonio del hermano, en la palabra humana. El cristiano, por tanto, tiene absoluta necesidad de otros cristianos; son ellos quienes verdaderamente pueden quitarle siempre sus incertidumbres y desesperanzas. Quiriendo arreglárselas por sí mismo no hace sino extraviarse todavía más. Necesita del hermano como portador y anunciador de la Palabra divina de salvación (D. Bonhoeffer, *Vida en comunidad*, Sígueme, Salamanca 92003, 13-15).